

EUGENIO COSERIU

La Geografía Lingüística

1.1. En la terminología técnica de la lingüística actual, la expresión "geografía lingüística" designa exclusivamente un método dialectológico y comparativo que ha llegado a tener extraordinario desarrollo en nuestro siglo, sobre todo en el campo románico, y que presupone el registro en mapas especiales de un número relativamente elevado de formas lingüísticas (fónicas, léxicas o gramaticales) comprobadas mediante encuesta directa y unitaria en una red de puntos de un territorio determinado, o, por lo menos, tiene en cuenta la distribución de las formas en el espacio geográfico correspondiente a la lengua, a las lenguas, a los dialectos o a los hablantes estudiados (1).

(1) La más amplia información histórica y bibliográfica acerca de la geografía lingüística, y de la dialectología en general, se halla en: S. POP, *La dialectologie. Aperçu historique et méthodes d'enquêtes linguistiques*, 2 ts., Lovaina, [1950], que contiene también la descripción de todos los atlas lingüísticos publicados o en curso de publicación. Para la bibliografía anterior a 1933, v. J. SCHRIJNEN, *Essai de bibliographie de géographie linguistique générale*, Nimega, 1933. Acerca de los desarrollos y trabajos más recientes, v. el informe de W. PÉE, en *Actes du Sixième Congrès International des Linguistes*, París, 1948, pp. 47-81, y V. PISANI, *Allgemeine und vergleichende Sprachwissenschaft. Indogermanistik*, Wissenschaftliche Forschungsberichte, Geisteswissenschaftliche Reihe, 2, Berna, 1953, pp. 30-32. Para el dominio románico en particular, cf. A. KUHN, *Sechzig Jahre Sprachgeographie in der Romania*, en "Romanistisches Jahrbuch", I, 1947-48, pp. 25-63, y *Romanische Philologie*, I, *Die romanischen Sprachen*, Wissenschaftliche Forschungsberichte, Geistesw. Reihe, 8, Berna, 1951, pp. 100-115. Las principales obras de información general acerca de la g. l. son: A. DAUZAT, *La géographie linguistique*, París, 1922, y E. GAMILLSCHEG, *Die Sprachgeographie und ihre Ergebnisse für die allgemeine Sprachwissenschaft*, Bielefeld-Leipzig, 1928. Óptimo y ampliamente documentado es el capítulo que a la g. l. dedica S. SILVA NETO, *Manual de Filologia Portuguesa*, Río de Janeiro, 1952, pp. 179-231. Sobre todo acerca de la g. l. de Alemania, pero con muchas observaciones teóricas y metodológicas de interés general: A. BACH, *Deutsche Mundartforschung*, Heidelberg, 1934, partic. pp. 14-129. Información más sucinta proporcionan, entre otros: L. BLOOMFIELD, *Language*, N. York, 1933, pp. 321-345; L. R. PALMER *An Introduction to Modern Linguistics*, Londres, 1936, pp. 129-150; [G. MAVER], *Geografia Linguistica*, en *Enciclopedia Italiana, Appendice I*, Roma, 1938, pp. 648-649; E. SCHWYZER, *Griechische Grammatik*, I, Munich, 1939, pp. 17-19; N. LINDQVIST, *Språkgeografi*, en H. S. NYBERG, *Orientering i Språkvetenskap*, Estocolmo, 1943, pp. 36-76; A. DAUZAT, *Les Patois*, 4ª ed., París, 1946, partic. p. 11 y sigs.; E. H. STURTEVANT, *An Introduction to Linguistic Science*, New Haven, 1947, pp. 32-37; B. MIGLIORINI, *Linguistica*, 2ª ed., Florencia, 1950, pp. 59-71; C. TAGLIAVINI, *Introduzione alla glottologia*, 4ª ed., Bolonia, 1950, pp. 93-106; Id., *Le origini delle lingue neolatine*, 2ª ed., Bolonia, 1952, pp. 22-32 y 34-35; A. MONTEVERDI, *Manuale di avviamento agli studi romanzi*, I, Milán, 1952, pp. 86-93; J. MATTOSO CÁMARA JR., *Princípios de Linguística Geral*, Río de Janeiro, 1954, passim. En particular sobre los ALF y AIS: V. BERTOLDI, *Il linguaggio umano nella sua essenza universale e nella storicità dei suoi aspetti*, Nápoles, 1949, pp. 87-116. Sobre el ALI: M. BARTOLI, *L'Atlante linguistico italiano*, en M. B. y G. VIDOSSÍ, *Lineamenti di linguistica spaziale*, Milán, 1943 (LLS), pp. 22-34. Sobre el ALR: S. POP, *L'Atlas linguistique roumain*, en "Revista Portuguesa de Filologia", I, 1947, pp. 275-339; cf., además, M. ALVAR, *Historia y metodología lingüísticas. A propósito del Atlas de Rumania*, Salamanca, 1951. Sobre el atlas alemán: W. MITZKA, *Handbuch zum Deutschen Sprach-*

Acerca de tal método, de sus fundamentos y de sus alcances prácticos y teóricos, entiende informar brevemente este ensayo.

Las comprobaciones de la geografía lingüística en este sentido, aunque logradas en un terreno propiamente glotológico, se relacionan estrechamente con la geografía como tal y no pueden dejar de interesar a esta disciplina —en la medida en que ella considera la tierra como “habitat” del hombre y, al mismo tiempo, considera como pertenecientes a su objeto todas aquellas realizaciones humanas que tengan extensión en el espacio—, no sólo por el empleo común del instrumento cartográfico, sino también porque revelan un aspecto esencial de las relaciones entre la vida social y cultural del hombre y su ambiente natural. Sin embargo, hay que señalar, aunque de paso, que la misma expresión puede entenderse también en varios sentidos no-técnicos, según el concepto que se tenga de lo geográfico y de lo lingüístico, según se ponga el acento principal en el sustantivo “geografía” o en el adjetivo “lingüística” y según las relaciones que se quieran destacar entre ambiente de vida y lenguaje.

1.2. Las relaciones que destaca la geografía lingüística, en el sentido que hemos llamado “técnico”, no se entienden como relaciones directas entre el ambiente natural (geográfico) y el lenguaje, sino como relaciones entre el ambiente geográfico y la difusión y distribución espacial de las formas lingüísticas. Y no se conciben como relaciones de por sí determinantes, sino como relaciones condicionadas política, social y culturalmente: más bien que a la geografía física, atañen a la geografía humana y política. Así, los “centros de irradiación” de los que ella habla no son los centros geométricos de los territorios estudiados, sino los centros políticos, administrativos, culturales y religiosos, los centros comerciales y de comunicación (por ej., grandes ciudades; capitales de estados, de provincias o de departamentos; ciudades industriales, centros de producción y consumo, localidades de feria o de empalmes importantes, santuarios, ciudades universitarias, etc.), es decir, aquellos mismos que se consideran como centros “propiamente geográficos” (2). En este

atlas, Marburgo, 1952. Sobre el atlas de Nueva Inglaterra: H. KURATH y otros, *Manual of the Linguistic Geography of New England*, Providence, R. I., 1939. Sobre la técnica de la investigación, la importancia del método geográfico y sus alcances, cf. en particular: K. JABERG, *Sprachgeographie. Beitrag zum Verständnis des Atlas linguistique de la France*, Aarau, 1908; ID., *Aspects géographiques du langage*, Paris, 1936; ID. y J. JUD, *Der Sprachatlas als Forschungsinstrument*, Halle, 1928; V. BERTOLDI, *Linguistica storica. Questioni di metodo*, Génova - Roma, [1942]. Sobre la “lingüística espacial”: M. BARTOLI, *Linguistica spaziale*, en R. BIASUTTI, *Le razze e i popoli della Terra*, 1, Turín, 1940, pp. 320-336; ID., *Le norme spaziali*, en *LLS*, pp. 35-54 (v. también n. 37). Sobre el lugar y la importancia del método geográfico en la historia de la lingüística: A. MEILLET, *La méthode comparative en linguistique historique*, Oslo, 1925, pp. 60-71; A. PAGLIARO, *Sommario di linguistica aricoeuropea*, I, Roma, 1930, pp. 89-92, 172-177, y passim; I. JORDAN, *An Introduction to Romance Linguistics. Its Schools and Scholars*, trad. ingl. de J. ORR, Londres, 1937, pp. 144-200; V. BERTOLDI, *La parola quale mezzo d'espressione*, Nápoles, 1946, pp. 9-37. Véanse, además, los recientes “balances” histórico-críticos de C. SCHICK, *La geografía lingüística*, en “*Paideia*”, IX, 1954, pp. 241-277, y G. BOTTIGLIONI, *Linguistic Geography: Achievements, Methods and Orientations*, en “*Word*”, X, 1954, pp. 375-387. Varios aspectos y problemas de g. l. se exponen y se discuten también en: W. v. WARTBURG, *Problemas y métodos de la lingüística*, trad. esp., Madrid, 1951. Verdaderos modelos de una sabia aplicación del método geográfico a la historia lingüística pueden verse en: R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, 3ª ed., Madrid, 1950; ID., *El idioma español en sus primeros tiempos*, B. Aires, 1942.

(2) Cf. G. DEVOTO, *Profilo di storia linguistica italiana*, Florencia, 1953, p. 33.

sentido un “centro” puede ocupar una posición excéntrica en un territorio, como es el caso de Montevideo y de Buenos Aires, en el Uruguay y en la Argentina. Y lo que se aplica a las localidades se aplica también a las regiones lingüísticamente “centrales”: en la Hispania romana, eran zonas de irradiación lingüística la Tarracónense y la Bética, ambas “marginales” en la Península (fig. 1). Del mismo modo, los obstáculos “naturales” —ríos, montañas, mares— no son siempre y necesariamente tales desde el punto de vista de la geografía lingüística, así como no lo son desde el punto de vista de la geografía política: al contrario, ciertos grandes ríos (como el

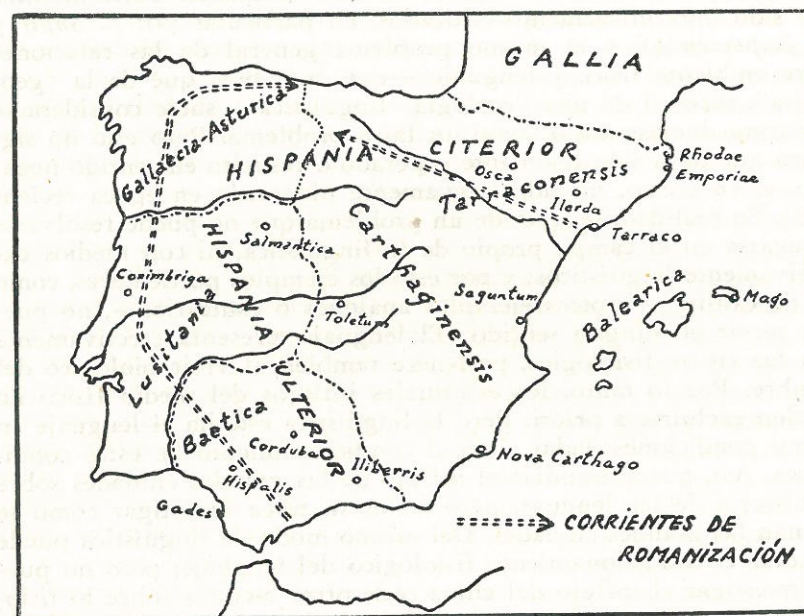


FIG. 1. — La Hispania romana (según W. ENTWISTLE y H. MEIER).

Rhin, el Danubio, el Río de la Plata) son a menudo puentes de comunicación más bien que límites; pero pueden representar obstáculos para la expansión lingüística si impiden efectivamente la comunicación o si constituyen fronteras administrativas, político-económicas o, en otras épocas, aun eclesiásticas. Por lo tanto, tampoco las zonas lingüísticamente “aisladas” coinciden siempre y necesariamente con las zonas naturalmente aisladas (por ej., islas o valles de alta montaña, de difícil acceso), si no son aisladas también política o económicamente. Es por esto que se puede hablar de aislamiento de ciertas regiones en ciertas épocas, por ej., de Toscana en Italia y de Florencia en Toscana, en los siglos IX y X (3). Es

(3) Id., *ibid*, p. 31.

decir que no sólo se trata de geografía política, sino de geografía política de una determinada época: de condiciones geográfico-históricas que facilitan o dificultan la interpenetración lingüística.

En relaciones muy distintas —precisamente en una acción directa del medio físico sobre el hablar— han pensado ciertos estudiosos como *H. Meyer-Benfert* y *H. Collitz*, que han intentado explicar por el ambiente de vida de los habitantes (llanura o montaña) y por el influjo del clima sobre la fisiología de la articulación fenómenos lingüísticos como la primera mutación consonántica ocurrida en las lenguas germánicas y la segunda mutación del mismo tipo, que caracteriza los dialectos alto-alemanes. Tales intentos han sido muy eficazmente criticados, en particular por *E. Sapir* y *O. Jespersen* (4), y el mismo problema general de las relaciones entre ambiente físico y lenguaje —que, más bien que de la “geografía”, sería el de una “ecología” lingüística— suele considerarse hoy como inexistente o como un falso problema. Pero ello no significa que haya sido realmente superado o resuelto en sentido negativo, y, en efecto, ha sido nuevamente planteado en época reciente (5). En realidad, se trata de un problema que no puede resolverse o negarse en el campo propio de la lingüística, ni con medios exclusivamente lingüísticos; y por esto los ejemplos particulares, como los de *Collitz* —u otros ejemplos análogos o contrarios—, no pueden servir en ningún sentido. El lenguaje presenta efectivamente una faz físico-fisiológica, pertenece también al vivir biológico del hombre. Por lo tanto, los eventuales influjos del medio físico no pueden excluirse a priori. Pero la lingüística estudia el lenguaje en ciertas condiciones dadas y no el condicionamiento de estas condiciones. Así, puede estudiar el influjo de las grandes ciudades sobre la historia de las lenguas, pero no es su tarea investigar cómo se forman las grandes ciudades. Del mismo modo, la lingüística puede estudiar el condicionamiento fisiológico del lenguaje, pero no puede investigar el influjo del clima o de otros factores sobre lo fisiológico: el problema de una “ecología de la articulación” es, desde el punto de vista lingüístico, un problema previo, que debe plantear y resolver la biología.

En una situación semejante se halla aquel otro problema que también se relaciona con la geografía y que es el de los eventuales influjos del medio físico sobre la cosmovisión que se refleja en el lenguaje. Empíricamente, es evidente que a un distinto universo de experiencia corresponde un distinto universo lingüístico. Así, por ej., el caudal léxico de un pueblo de estepa no es el mismo que el de un pueblo de montaña. Y esto la lingüística —que se ocupa de situaciones lingüísticas concretas en condiciones históricas dadas (entre las cuales hay que incluir también la llamada “mentalidad”)— puede comprobarlo y explicarlo históricamente, y, en un

(4) Cf. O. JESPERSEN, *Language*, 9ª ed., Londres, 1950, pp. 256-257. V. también J. MATTOSO CÁMARA JR., *Principios*, p. 216 y sigs.

(5) Cf. V. PISANI, *Forschungsbericht* cit., p. 25.

plano más general, puede hasta inducir que los distintos universos lingüísticos reflejan distintas mentalidades. Pero el problema de las relaciones entre mentalidad y medio físico no puede ni resolverse ni negarse en el campo propio de la lingüística: es un problema que deben plantear y resolver la etnopsicología y la antropología. En último análisis, no es la lingüística la que debe acudir a la mentalidad o tratar de explicarla, sino, al contrario, son las ciencias que se ocupan de la mentalidad las que deben acudir también a datos lingüísticos. Entre la geografía, que describe el ambiente, y la lingüística, que estudia el lenguaje, se interponen aquí necesariamente otras ciencias.

1.3. En otro sentido no-técnico, la geografía lingüística puede entenderse simplemente como parte de la geografía, precisamente, como “geografía de las lenguas” (actuales, históricas o prehistóricas) (6). En efecto, *las lenguas*, es decir, las entidades en las que el lenguaje humano se realiza históricamente, o, mejor dicho, las *comunidades lingüísticas* que realizan concretamente en su hablar las entidades ideales llamadas “lenguas”, se presentan con extensión y límites en el espacio terrestre y, por lo tanto, pueden registrarse en mapas y constituir objeto de la geografía: el estudio de la distribución de las “lenguas” (comunidades lingüísticas) sobre la tierra y de las fronteras entre ellas cabe dentro de la geografía política. Hay que recordar, además, que la “lengua” suele ser uno de los principales componentes de otras entidades que integran el objeto de la geografía humana y política, como la “civilización” o “cultura”, la “nación”, el “estado”: es sabido que a menudo se trata de hacer coincidir con los límites lingüísticos las fronteras entre estados (así en el caso de los varios estados que surgieron sobre las ruinas del Imperio Austro-húngaro; en el caso de las famosas líneas Wilson y Curzon —trazadas para resolver conflictos de minorías étnico-lingüísticas entre estados europeos—; en el de las varias repúblicas federales o autónomas que componen la Unión Soviética, etc.).

Caben dentro de este concepto de geografía lingüística los mapas lingüísticos que se encuentran en los atlas geográficos comunes y en los atlas históricos, como también gran parte de las indicaciones y de los mapas que contienen las obras acerca de las lenguas del mundo, u otras obras que registran la distribución de las “lenguas” en ciertos territorios (7). La labor correspondiente, aunque realizada comúnmente por lingüistas, pertenece con más derecho a

(6) Tal es el concepto de g. l. que aparece en L. H. GRAY, *Foundations of Language*, N. York, 1939, p. 120 y sigs., a pesar de que en la bibliografía (pp. 449-450) se incluyen los atlas propiamente lingüísticos.

(7) Caben bajo este concepto de g. l. las informaciones acerca de la distribución territorial de las lenguas, contenidas en obras como: W. SCHMIDT, *Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*, Heidelberg, 1926 (con atlas); A. MEILLET y L. TESNIÈRE, *Les langues dans l'Europe nouvelle*, 2ª ed., París, 1928; A. DAUZAT, *L'Europe linguistique*, París, 1940 [pero publ. en 1944]; T. MILEWSKI, *Zarys językoznawstwa ogólnego*, 2 ts., Lublino-Cracovia, 1947-48 (con un amplio atlas); W. K. MATTHEWS, *Languages of the U.S.S.R.*, Cambridge, 1951; *Les langues du monde*, par un groupe de linguistes sous la direction de A. MEILLET et M. COHEN, 2ª ed., París, 1952.

la geografía (y a la historia), y dentro de la lingüística representa más bien una labor previa de información "exterior".

2.1. En cambio, la geografía lingüística, en el sentido técnico, es una geografía "interna" de las lenguas: no se ocupa de las fronteras entre "lenguas" (comunidades lingüísticas), sino de la *extensión y distribución espacial de fenómenos lingüísticos particulares* (fonemas, palabras, construcciones), dentro de una o más "lenguas", y de los *límites entre las áreas ocupadas por tales fe-*

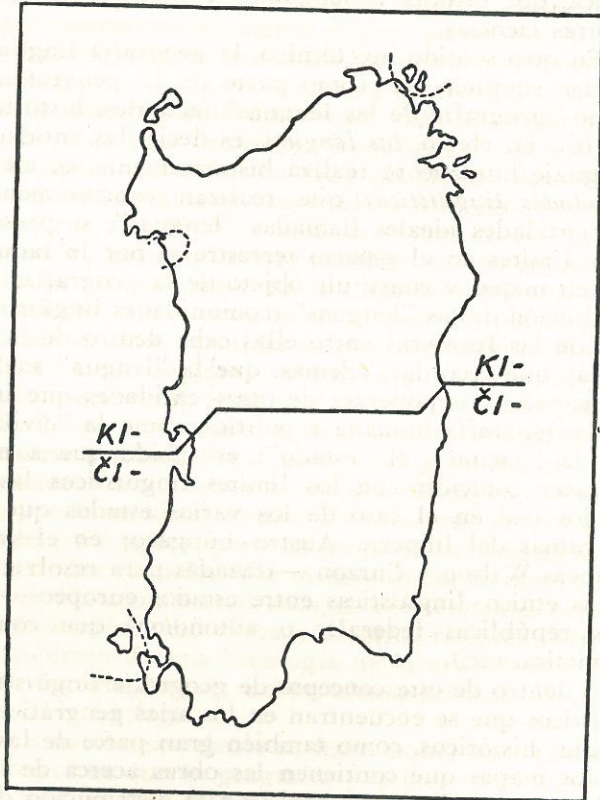


FIG. 2. — Los resultados de lat. *ki* en Cerdeña (según un mapa de U. PELLIS reproducido por G. VIDOSSI).

nómenos, que sólo en casos especiales pueden coincidir con los límites de la lengua o de las lenguas estudiadas. Por lo tanto, los *atlas lingüísticos* se distinguen de los atlas geográficos corrientes también porque no contienen mapas de varios territorios, sino una serie de mapas del mismo territorio, y precisamente un mapa para cada concepto o para cada fonema (o serie de fonemas) cuya expresión o cuya realización concreta se han comprobado por el investigador en una red de puntos (localidades) previamente establecida.

El *mapa de fondo*, que contiene sólo unos pocos elementos indispensables o útiles (los límites del territorio en el que se ha realizado la encuesta y, eventualmente, otros límites, administrativos o políticos; la ubicación de los puntos investigados; alguna vez también ciertas ciudades importantes, los ríos principales, los paralelos y los meridianos, etc.), es siempre el mismo: lo que cambia es el material lingüístico registrado. En otras palabras, *los atlas lingüísticos son colecciones cartográficas de material lingüístico*.

Según los hechos lingüísticos que registran, los mapas lingüísticos pueden ser: a) *mapas fonéticos*, si registran las variantes de un fonema comprobadas en los puntos investigados, o los varios fonemas correspondientes a un único fonema más antiguo (v. fig. 2), o también determinadas series de fonemas que se hallan en la misma situación desde el punto de vista histórico (v. fig. 5); b) *mapas léxicos*, si registran las palabras empleadas para expresar el mismo concepto (por ej., "hermano", "casa", "cabeza"), independientemente de las variaciones fónicas, es decir, de la pronunciación comprobada en cada punto (v. figs. 3, 6, 9, 12); y c) *mapas propiamente lingüísticos*, si registran en su integridad fónica y morfológica las expresiones concretamente comprobadas en cada punto investigado. Según la manera de presentar el material, se distinguen los *mapas sintéticos*, que ya implican una elaboración, pues establecen los límites de las áreas correspondientes a las formas típicas comprobadas (v. figs. 2, 3, 5, 6, 9, 12); y los *mapas puntuales*, que no establecen tales límites y registran fielmente las formas comprobadas en todos y cada uno de los puntos investigados. Los mapas fonéticos y léxicos pueden ser de los dos tipos y pueden realizarse sobre la base de los mapas propiamente lingüísticos; estos últimos son siempre puntuales y se realizan directamente sobre la base del material recogido. Pero se pueden encontrar expedientes para que los mapas fonéticos y léxicos sean al mismo tiempo sintéticos y puntuales, por ejemplo, empleando símbolos especiales, o, mejor aún, colores distintos para cada forma típica, como en el ALRM (cf. 4.2.). Un tipo especial de mapas son los *mapas similares*, esquemas que reproducen sólo los paralelos y los meridianos del territorio investigado y registran en columna, en cada trapecio esférico, las formas comprobadas en los puntos correspondientes al trapecio mismo. Estos últimos mapas constituyen una innovación del ALI (cf. 4.2.) (8).

La geografía lingüística comprende, pues, tres etapas principales (además de la etapa de preparación, en la que se seleccionan los puntos a investigar, se recopila el cuestionario, se establecen los principios metodológicos y técnicos, etc.): 1) la labor de recolección del material, que se realiza mediante encuesta, sobre la base de un cuestionario normalmente idéntico para todos los puntos ele-

(8) Por lo que concierne a los varios tipos de mapas lingüísticos, cf. el artículo de G. VIDOSSI, *Le carte linguistique*, "Rivista geografica italiana", 1941, republ. en M. BARTOLI y G. V., *LLS*, pp. 5-21.

gidos, pero también con la ayuda de medios indirectos, como fotografías, dibujos, ilustraciones, o la presentación de los objetos mismos cuyos nombres dialectales se quieren obtener de los interrogados; 2) el registro del material coleccionado en mapas que cons-

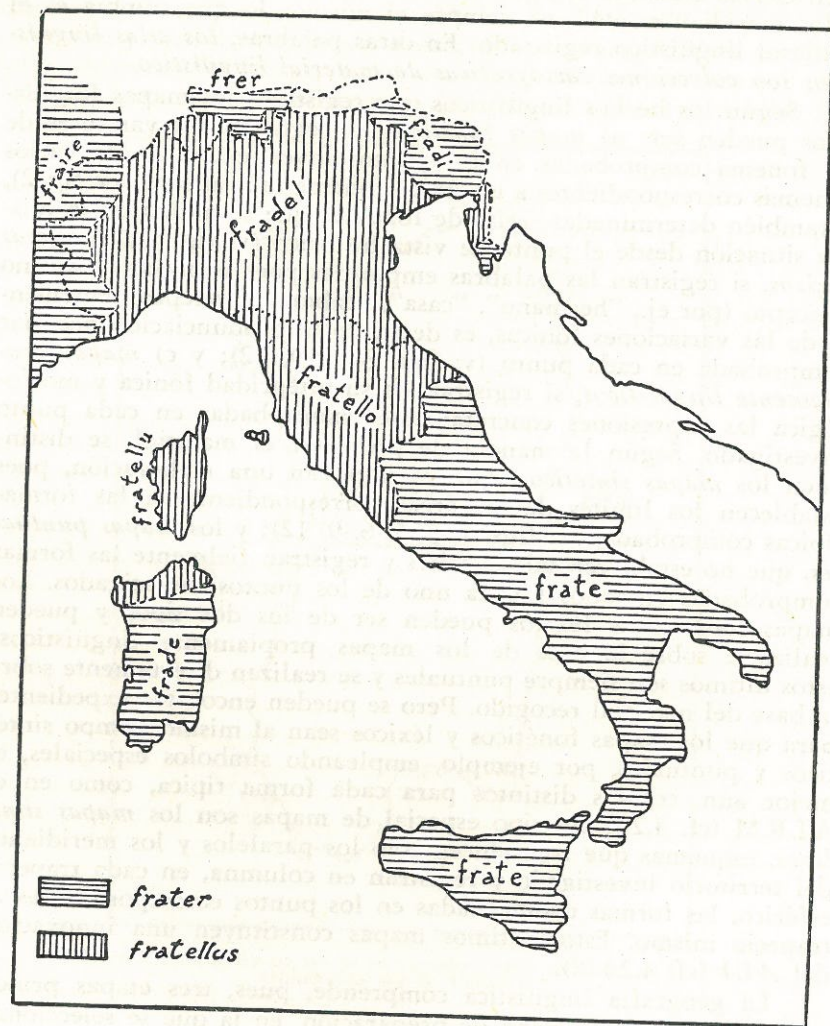


FIG. 3. — Un mapa léxico "sintético": *frater* y *fratellus* en Italia (según V. BERTOLDI).

tituyen los atlas lingüísticos; y 3) el estudio y la interpretación del material proporcionado por los mapas. Sin embargo, alguna vez se aplica la misma expresión para designar sólo esta última etapa, considerándose las anteriores como preparación del instrumento de investigación.

La técnica de esta geografía lingüística es de índole geográfica (pues se trata de comprobar hechos en el espacio), y de la misma índole son los instrumentos que ella realiza y ofrece para ulteriores pesquisas (los atlas lingüísticos). Pero sus fundamentos y sus fines son evidentemente glotológicos. Por esto algunos consideran como inadecuado el nombre ya consagrado por el uso y preferirían llamarla "lingüística geográfica" (9). Sin embargo, hay que notar que sus conclusiones superan el ámbito estrictamente lingüístico, pues revelan aspectos característicos de la vida del hombre sobre la tierra y, por lo tanto, pueden iluminar también problemas puramente geográficos.

2.2. Los mapas lingüísticos, además de consentir observaciones de carácter general acerca del funcionamiento del lenguaje como medio de intercomunicación social (cf. 6.2-3.), revelan la vinculación entre la historia lingüística y los factores geográficos o geopolíticos: permiten comprobar que las innovaciones en las "lenguas" proceden de ciertos centros y su difusión se detiene en ciertos límites constituídos por ríos, montañas, fronteras políticas, administrativas o eclesiásticas (cf. 1.2.); las zonas "aisladas" y "laterales", alejadas de los centros de innovación, suelen conservar formas lingüísticas más antiguas. Es decir que en la distribución espacial de los hechos lingüísticos se refleja de algún modo su cronología relativa. Tal comprobación ha hecho que se tratara de efectuar inducciones en el sentido inverso: establecer la relación cronológica entre los hechos lingüísticos partiendo de su distribución espacial. Esta orientación, transformada en doctrina con metodología propia, y que constituye una aplicación particular de la geografía lingüística a la historia de las lenguas, ha sido llamada *neolingüística* (Bartoli), *geolingüística* (Pisani) y, finalmente, *lingüística espacial* (Bartoli). Ella, sobre todo si se aplica en el campo de la dialectología y de la gramática comparadas, prescinde normalmente de los mapas y se conforma con el conocimiento indirecto o documental de la distribución espacial de los fenómenos considerados, distribución que —para mayor claridad— puede eventualmente representarse mediante simples esquemas (cf. 7.2.).

3.1. De la geografía lingüística se suele considerar como fundador —y muy justificadamente— al estudioso suizo Jules Gilliéron, profesor de dialectología en París y autor del *Atlas lingüístico de Francia* (ALF) (cf. 4.1.).

Pero el método ha tenido precursores, así en el campo teórico como en el aspecto práctico, de representación cartográfica del material lingüístico. Ya *Leibniz* —que por tantas razones merece un lugar importante en la historia de la lingüística— había pensado en la realización de mapas lingüístico-etnográficos (10). Luego,

(9) Así, por ej., A. DAUZAT, *La géographie ling.*, p. 5, n. 1.

(10) Cf. E. SCHWYZER, *Griechische Gr.*, I, p. 17.

ideas que preanunciaban el método geográfico se expresaron por los estudiosos contrarios a la orientación "neogramática", que dominó la lingüística de las últimas décadas del siglo pasado. Ya en 1872, *Johannes Schmidt*, para explicar las relaciones de parentesco entre las lenguas indoeuropeas, opuso a la tesis del "árbol genealógico" de *August Schleicher* la llamada "teoría de las ondas" (*Wellentheorie*) (11), según la cual las innovaciones lingüísticas se propagan desde varios centros, como las ondas en un lago al que se hayan arrojado algunas piedras, y la individualidad de las lenguas "parientes" se define por el encuentro de distintas innovaciones (v. fig. 4). Una tesis análoga había sostenido cuatro años antes

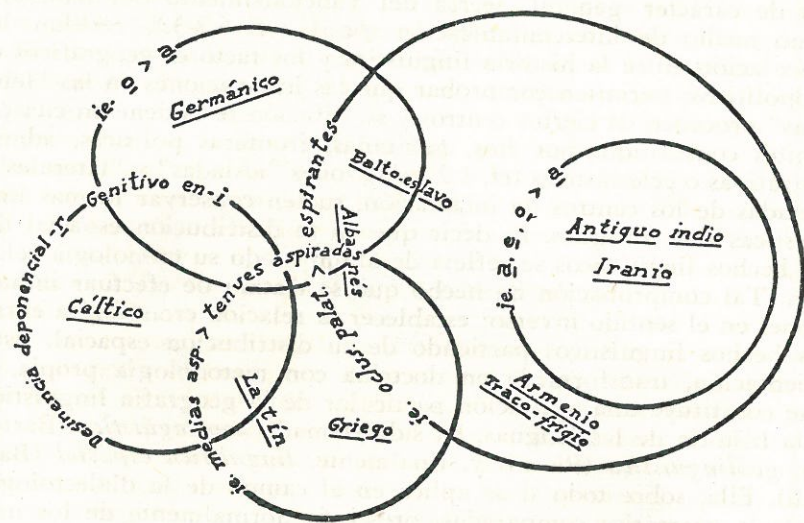


FIG. 4. — Diagrama explicativo de la teoría de las ondas (según J. SCHRIJNEN).

Hugo Schuchardt, con respecto al campo románico (12), y volvió a sostenerla en una famosa lección universitaria dictada en 1870, pero publicada sólo en 1900 (13). Con esto se negaba decididamente la idea de cambios generales y simultáneos en toda una lengua y se afirmaba que el origen de las innovaciones hay que buscarlo en la actividad lingüística concreta de los individuos hablantes, pues, en último análisis, el punto de partida de toda innovación debe ser un hablante real que, por múltiples razones, modifica en algo la "lengua" anterior a su hablar.

(11) En el opúsculo *Ueber die Verwandtschaftsverhältnisse der indogermanischen Sprachen*, Weimar, 1872.

(12) En el 3er. tomo de su obra *Der Vokalismus des Vulgärlateins*, Leipzig, 1868.

(13) *Ueber die Klassifikation der romanischen Mundarten*, Graz, 1900, reprod. en gran parte en: L. SPITZER, *Hugo Schuchardt - Brevier*, 2ª ed., Halle, 1928, pp. 106-188.

3.2. Por otro lado, un impulso en la misma dirección partió del estudio directo de los hechos lingüísticos, es decir, desde el terreno de la dialectología, a cuya renovación contribuyeron principalmente, en el dominio románico, *G. I. Ascoli* —un estudioso que sólo en parte puede considerarse como "anti-neogramático"—, con sus *Saggi ladini* (1873), y, en el dominio germánico, *J. Winterer* (*Die Kerenzer Mundart des Kantons Glarus*, 1876) y *Ph. Wegener* (*Ueber deutsche Dialektforschung*, 1880). Muy fructuosa resultó también la discusión acerca de los límites dialectales entre el mismo Ascoli, *G. Paris* y *P. Meyer*. En este campo, justamente, el abate *P. Rousselot* demostró, en su obra *Modifications phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de Cellesfrouin* (*Charente*), París, 1891, que la unidad lingüística absoluta no existe siquiera entre los estrechos límites de una familia. Otro trabajo análogo (*L'unité phonétique dans le patois d'une commune*) publicó el estudioso suizo *L. Gauchat* en 1905, cuando ya se estaba imprimiendo el ALF.

3.3. Sin embargo, hay que señalar que, si las conclusiones de la dialectología contradicen ciertos postulados de la escuela neogramática, los estudios dialectológicos como tales, lejos de ser contrarios, coinciden con una exigencia sostenida por la misma escuela: la de estudiar e investigar directamente las "lenguas vivas".

Y hasta la idea de un atlas lingüístico surgió en el ámbito neogramático, con *G. Wenker* (1852-1911), quien, en 1876, empezó una encuesta, por correspondencia, en 30.000 puntos del territorio de habla alemana, con el propósito de establecer con precisión los límites dialectales, y en 1881 publicó en Estrasburgo un primer fascículo de ensayo, con 6 mapas fonéticos sintéticos. Los resultados obtenidos no confirman las ideas de Wenker acerca de la unidad dialectal (al contrario: indican que todo fenómeno tiene sus propios límites y que el mismo fenómeno no ocurre uniformemente en todas las palabras de una serie; v. fig. 5), pero esto no disminuye su mérito como precursor inmediato de la actual geografía lingüística. La publicación de su atlas (con los puntos de encuesta aumentados a unos 53.000) ha sido reiniciada en 1926 por *F. Wrede*, en Marburgo, y se continúa en la actualidad, con el mismo método, bajo la dirección de *W. Mitzka* y *B. Martin* (14).

Otros atlas anteriores al ALF son el pequeño atlas de Suevia publicado por *H. Fischer* (28 mapas, Tübingen, 1895) y el atlas rumano de *G. Weigand* (*Linguistischer Atlas des dakorumänischen Sprachgebietes*, Leipzig, 1898-1909). Este último contiene 67 mapas fonéticos, de los cuales 16 sintéticos, correspondientes a 130 palabras estudiadas y realizados sobre la base de encuestas efectuadas por el mismo Weigand (1895-1901 y 1907) y, en parte (47 de los 752 puntos investigados), por tres colaboradores.

(14) El atlas de Wenker (*Sprachatlas von Nord- und Mittelddeutschland*) debía comprender sólo la Alemania centro-septentrional; el atlas de Wrede-Mitzka-Martin (*Deutscher Sprachatlas*) abarca todo el territorio de habla alemana.

4.1. Cuando Jules Gilliéron (1854-1925) empezó sus cursos de dialectología en la "École pratique des Hautes Études" (1883), ya había realizado apreciadas investigaciones dialectales y hasta había publicado un *Petit Atlas phonétique du Valais roman* (30 mapas, París, 1880). Pero sólo las circunstancias de la enseñanza y las investigaciones que siguió realizando le hicieron concebir el proyecto del *Atlas linguistique de la France*, que había de inaugurar

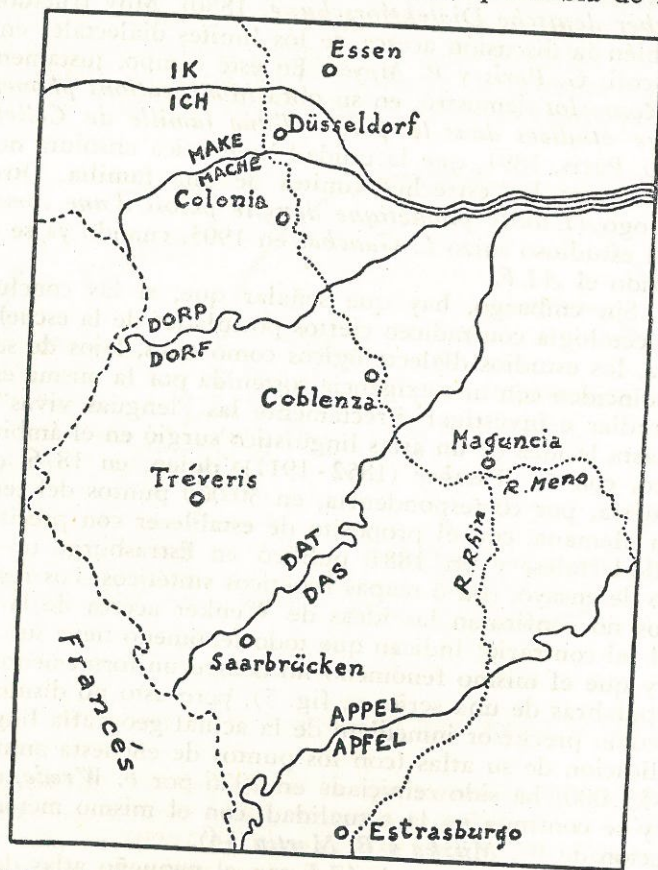


FIG. 5. — Isoglosas correspondientes a la "segunda rotación consonántica", en Renania (según E. H. STURTEVANT).

una nueva etapa en la historia de la lingüística, constituyendo el modelo de una serie muy larga de obras análogas (cf. 4.2.). Tres fueron las principales razones que le determinaron a emprender la gravosa tarea: 1) la necesidad de "salvar" para la ciencia y para la posteridad por lo menos una parte de la riqueza y variedad histórica de las hablas locales, ya muy amenazadas por la rápida difusión de la lengua común; 2) la necesidad de una colección de materiales de todos los dialectos, sin lagunas demasiado graves,

que permitiera sentar sobre bases más firmes su estudio comparativo; y 3) la necesidad de una colección de material, en lo posible, homogéneo. Para estas finalidades no podían resultar suficientes las monografías dialectales. Éstas, entonces como ahora, no existían para todos los dialectos y no presentaban ninguna uniformidad, ni de criterios, ni de proporciones, ni de nivel científico. Con las exigencias indicadas sólo podía cumplir, según Gilliéron, un atlas lingüístico de todo el territorio francés, realizado sobre la base de un material homogéneo recogido mediante encuesta directa y por una sola persona. Pensaba, además, Gilliéron que —para asegurar en grado sumo la "objetividad" de la encuesta y para que la realidad del hablar se captara en su genuina espontaneidad— el investigador no debía ser un lingüista o un dialectólogo de profesión, susceptible de dejarse dominar o desviar por "preconceptos" históricos o teóricos.

La persona idónea debía de resultar Edmond Edmont, un simple comerciante de la pequeña ciudad de Saint-Pol (Pas-de-Calais), el cual, sin embargo, no era ajeno a los intereses dialectológicos, pues había realizado un valioso estudio sobre el léxico de su ciudad, y poseía, además, una notable capacidad para percibir y distinguir los matices fonéticos. Accedió éste con entusiasmo a colaborar con Gilliéron y en agosto de 1897 emprendió, con un cuestionario de unas 1400 preguntas (aumentadas luego hasta 1920), la que había de ser la primera investigación directa y sistemática de todos los hablantes franceses y la primera de este tipo en la historia de la lingüística. Según el proyecto de Gilliéron, la encuesta debía abarcar 639 puntos (entre ellos, dos de habla italiana) y llevarse a cabo en cinco años. Pero Edmont, trabajando con increíbles tesón y tenacidad, logró concluirla aun antes del término. En menos de cuatro años (1897-1901), investigó todos los puntos previstos, interrogando más de 720 sujetos (en unos 550 puntos, un sujeto por punto; en otros puntos, dos o tres; y, en dos casos, hasta cuatro sujetos) y registrando más de un millón de respuestas. De este modo, ya en 1902 se pudo empezar la publicación en fascículos del material elaborado cartográficamente, bajo el título ya indicado y con Gilliéron y Edmont como autores.

La obra completa (París, 1902-1910) comprende 36 grandes fascículos, con un total de 1920 mapas, ordenados en tres series alfabéticas, respectivamente, de 1421, 326 y 173 mapas. La primera serie (*abeille-vrille*) abarca todo el territorio francés; la segunda (*s'abriter-vous autres*), sólo la zona meridional; y la tercera (*abricot-voler*), sólo una parte de ésta. En 1912 la imponente obra fue completada con un grueso índice; en 1914-15, con un suplemento para Córcega (799 mapas de los mil proyectados; 44 localidades investigadas por el mismo Edmont); y en 1920, con un tomo de materiales recogidos por Edmont allende los límites del cuestionario y no elaborados cartográficamente.

4.2. A pesar de algunas reservas y de ciertas inevitables incompleciones parciales, la importancia de la obra de Gilliéron

fue muy pronto reconocida en esferas cada vez más amplias, y el método geográfico ha llegado a ocupar hoy una posición de primer plano, sobre todo en la lingüística europea. Lo demuestra, en primer lugar, el gran número de atlas lingüísticos ya publicados, o en curso de publicación o elaboración. La mayoría de estos atlas siguen en lo esencial el método del *ALF*, aun introduciendo innovaciones y tratando de perfeccionarlo y aunque no acepten siempre como dogmas algunos de los criterios gillieronianos (en particular, el criterio del investigador no-lingüista).

Entre los atlas románicos completos —dejando de lado los varios atlas franceses regionales (15)— los más importantes son el Atlas ítalo-suizo y el Atlas de Córcega de Gino Bottiglioni.

El *Atlas lingüístico-etnográfico de Italia y de Suiza meridional* (*Sprach- und Sachatlas Italiens und der Südschweiz*), 8 tomos (16 partes), Zofingen, 1928-1940 (*AIS*), es obra de los romanistas suizos Karl Jaberg (n. 1877) y Jakob Jud (1882-1952), profesores, respectivamente, en Berna y Zürich. Este atlas no mantiene el principio del investigador único ni el del investigador no-lingüista. Las encuestas —que, a diferencia de lo que ocurre en el *ALF*, comprenden también las ciudades— abarcan 407 puntos (entre ellos, dos de habla griega y uno de habla albanesa) y han sido realizadas por tres investigadores: P. Scheuermeier (Suiza meridional e Italia centro-septentrional; 306 puntos investigados —cinco de ellos dos veces—, en unos seis años de trabajo, entre 1919 y 1928), G. Rohlf (Italia meridional y Sicilia, 81 puntos en 15 meses de trabajo, entre 1922 y 1928) y M. L. Wagner (Cerdeña, 20 puntos en 5 meses, entre 1925 y 1927). Normalmente se ha interrogado un solo sujeto por cada punto, aunque en presencia de otras personas, cuyas intervenciones se han podido tener en cuenta. En las encuestas se han empleado tres cuestionarios distintos: el *normal*, con unas 2000 preguntas, aplicado en 355 localidades; el *reducido*, de 800 preguntas, en 28 localidades; y el *ampliado*, con unas 4000 preguntas, en 30 localidades. Pero la novedad más importante del *AIS* es la que aparece en su título: es un atlas no sólo lingüístico sino también *etnográfico*, un atlas de *palabras y cosas*. En efecto, además de los 1705 mapas con comentario marginal (ampliación de la información contenida en los mapas e información acerca de los objetos designados por las palabras), contiene unos 1900 dibujos y más de 4000 fotografías.

La misma orientación presenta el *Atlante linguistico-etnografico italiano della Corsica*, 10 tomos, Pisa, 1933-1942 (*ALEIC*), realizado enteramente por Gino Bottiglioni (n. 1887), como autor del proyecto y del cuestionario, investigador y, finalmente, redac-

(15) CH. GUERLIN DE GUER, *Atlas dialectologique de Normandie*, I, Caen, 1903 (casi enteramente fonético); G. MILLARDET, *Petit atlas linguistique d'une région des Landes*, Tolosa - París, 1910; O. BLOCH, *Atlas linguistique des Vosges méridionales*, París, 1917; A. DURAFFOUR y P. GARDETTE, *Atlas linguistique des Terres Froides (Les Patois du Dauphiné, II)*, Lyon, 1935. Un nuevo gran atlas lingüístico de Francia, por regiones, se prepara desde 1939, por un grupo de estudiosos, bajo la dirección de A. DAUZAT; cf. S. POP, *La dialectologie*, I, pp. 136-151.

tor de los mapas. En efecto, el Prof. Bottiglioni (actualmente en la universidad de Bolonia) ha realizado personalmente sus encuestas, entre 1928 y 1932, en 55 localidades (49 de Córcega, 2 de Cerdeña, una de la Isla de Elba y 3 de Toscana), empleando un cuestionario de 1950 frases e interrogando, en general (en 42 de los 55 puntos), un solo informador por punto. El *ALEIC* contiene 2001 mapas, con notas y observaciones y con la traducción francesa, inglesa y alemana de las frases del cuestionario.

Otros dos atlas románicos, el de Rumania y el de Cataluña, han quedado incompletos y, por el momento, hay pocas esperanzas de que puedan continuarse.

El atlas lingüístico rumano (*ALR*), considerado por algún estudioso como "el más perfecto hasta la fecha" (16), fue ideado, proyectado y dirigido por Sextil Pușcariu (1877-1948), quien había colaborado como investigador al Atlas de Weigand (cf. 3.3.), y realizado por Sever Pop y Emil Petrovici —al mismo tiempo investigadores y redactores—, los tres de la universidad de Cluj. A pesar de haber empleado dos investigadores, el *ALR* mantiene el principio del investigador único. En efecto, ambos investigadores han realizado sus encuestas en todo el territorio lingüístico rumano (entre 1930 y 1937), pero en dos redes distintas de puntos y con cuestionarios distintos. Sever Pop, con un cuestionario de 2160 preguntas, ha realizado en 301 puntos 305 encuestas (301 con informadores rumanos, 2 con informadores húngaros y 2 con informadores ucranianos) y ha interrogado, además, a tres escritores. Emil Petrovici, con un cuestionario ampliado, ha realizado 87 encuestas en 83 puntos, y precisamente: 76 encuestas con informadores de habla rumana y con el cuestionario completo de unas 4800 preguntas, y 11 con informadores de otras hablas y con un cuestionario de sólo unas 2700 preguntas. En 5 puntos han colaborado con Petrovici G. Nandriș, St. Pașca y Th. Capidan, estos últimos realizando, respectivamente, una y dos encuestas. El material así recogido ha sido reunido en dos atlas, *Atlasul linguistic român, Partea I* y *Atlasul linguistic român, Partea a II-a* (*ALR I* y *ALR II*), correspondientes a las dos redes de puntos. Además —y ésta es la innovación más importante introducida por el *ALR*—, ambos investigadores-redactores han elaborado ciertos aspectos más interesantes y generales (fonéticos, gramaticales y léxicos), ofrecidos por el mismo material, en mapas de tamaño menor y en colores, constituyendo otros dos atlas: *Micul Atlas linguistic român, Partea I* y *Micul Atlas linguistic român, Partea a II-a* (*ALRM I* y *ALRM II*). Así, pues, el *ALR* se compone en realidad de cuatro atlas. Se han publicado hasta la fecha: *ALR I*, ts. I y II, Cluj, 1938 y Sibiu, 1942 (302 mapas); *ALR II*, t. I, Sibiu, 1940 (296 mapas); *ALRM I*, ts. I y II, Cluj, 1938 y Sibiu, 1942 (414 mapas); *ALRM II*, t. I, Sibiu, 1940 (416 mapas). Luego, la situación creada por la guerra, la muerte del director, la separación de los dos redactores (S. Pop enseña

(16) C. TAGLIAVINI, *Introd. alla Glottologia*, p. 105.

actualmente en la universidad de Lovaina) y la destrucción de una parte del material han interrumpido la publicación de la obra, por lo menos en la forma inicialmente planeada.

Como el *ALEIC*, el *Atlas lingüístico de Catalunya*, 5 ts. publicados, Barcelona, 1923 - 1939, es obra de una sola persona: del ilustre catalanista P. Antoni Griera (n. 1890). En efecto, también el P. Griera ha realizado personalmente su encuesta (1912-1922), investigando, con un cuestionario de 2886 preguntas, 101 localidades de todo el territorio de habla catalana: Cataluña y zonas adyacentes de Aragón; Valencia, Baleares, Pitiusas (Ibiza), Andorra, Rosellón (en Francia) y Alguer (en Cerdeña). El *ALC* debía de ser uno de los atlas más ricos, tanto por el número de preguntas del cuestionario como por la densidad de la red de puntos investigados. Desgraciadamente, la dispersión de los materiales durante la guerra civil ha truncado, quizás definitivamente, su publicación. La parte publicada comprende 858 mapas ordenados alfabéticamente, de *abans d'ahir a fregar (la roba)*.

Muy adelantados se hallan los trabajos para el *Atlante linguistico italiano (ALI)*, planeado ya desde antes de 1914 por Matteo Bartoli (1873-1946) y en preparación desde 1924, bajo la dirección de M. Bartoli y Giulio Bertoni, y luego (desde 1931) de M. Bartoli y Giuseppe Vidossi (n. 1878), con Ugo Pellis (1882-1943) como investigador (y al mismo tiempo redactor, junto con Bartoli y Vidossi). El cuestionario del *ALI* es el más rico de todos los que se han empleado hasta ahora: comprende un cuestionario general de 3630 preguntas; dos cuestionarios técnicos, respectivamente, de 2000 y 1224 preguntas (agricultura, ganadería, caza, pesca, navegación, plantas, animales, etc.; artes y oficios), y un cuestionario morfológico de 1048 preguntas. Sin embargo, una serie de encuestas se han hecho con un cuestionario reducido, de unas 2500 preguntas. También la red de puntos a investigar es más espesa que la de varios otros atlas (unos 1000 puntos). Por lo que concierne a la recolección del material, Bartoli entendía mantener el criterio del investigador único. Pero Ugo Pellis falleció antes de terminar la encuesta: entre 1925 y 1943, había investigado 727 localidades (31 de ellas incompletamente), reuniendo, además del material lingüístico, una gran cantidad de material folklórico (en el sentido amplio del término) y más de 7000 fotografías. Después de la muerte de Pellis y de Bartoli, los trabajos para llevar a cabo el atlas han sido retomados por un nuevo comité de redacción (constituido en 1947), que integran G. Vidossi y B. Terracini (n. 1886), ambos de la universidad de Turín, en la que funciona, ya desde los tiempos de Bartoli, un *Istituto dell'Atlante linguistico italiano*.

De todas las lenguas romances, sólo el español y el portugués no poseen aún su atlas lingüístico. Por lo que se refiere al portugués, ha hecho encuestas preliminares, en vista de un futuro atlas, el profesor de Coimbra Manuel de Paiva Boléo. Para el inmenso dominio español, sólo tenemos, por el momento, el pequeño pero muy valioso atlas de Puerto Rico (75 mapas) contenido en la obra

de Tomás Navarro Tomás, "El español en Puerto Rico. Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana", Río Piedras, 1948. El atlas registra una parte del material recogido por el mismo estudioso (1927-1928) en 43 localidades, con un cuestionario de 445 preguntas (17). Para el español de España hay buenas esperanzas de poder tener pronto el *Atlas lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*, que se ha estado preparando desde 1928, bajo la dirección del mismo T. Navarro Tomás, antes profesor en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y actualmente en la Columbia University de Nueva York. Se trata, en realidad, de un atlas del romance ibérico, pues abarca también el catalán y valenciano y el gallego-portugués: en total, unas 525 localidades (427 en España, 7 en el Rosellón, una en Andorra, y unas 90 en Portugal), correspondiendo 280 de ellas al dominio español, 97 al catalán y valenciano y el resto al gallego-portugués. En su realización se han empleado dos cuestionarios, impresos en 1930: uno fonético-gramatical y el otro léxico, con un total de 834 preguntas (pero "correspondientes a unas 2000 respuestas"). Los investigadores han sido seis: F. de B. Moll, A. M. Espinosa (hijo), M. Sanchis Guarner, L. Rodríguez Castellano, A. Otero y A. Nobre de Gusmão (este último sustituido recientemente por L. F. Lindley Cintra). Después de ensayos preliminares efectuados en 1931, las investigaciones directas empezaron en 1932, y en 1936 se acercaban a su término, con unas 350 localidades estudiadas. Pero los trabajos quedaron interrumpidos, por la guerra civil y por el traslado de los materiales a Nueva York, y sólo se han reanudado en 1947, bajo la égida del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Hoy pueden considerarse prácticamente concluidos, salvo para Portugal, donde, hasta 1953, sólo se habían investigado unas 15 localidades. Desde 1951 todos los materiales recogidos se hallan depositados en el Instituto "Miguel de Cervantes" del CSIC. Pero su publicación cartográfica aún no se ha iniciado. Sólo se han publicado algunos estudios y unos pocos mapas, en revistas (18).

Fuera del mundo románico se han publicado o se están publicando atlas del Pequeño-Brabante, por E. Blancquaert (Amberes, 1926); del Sur-oeste de Flandes, por el mismo Blancquaert y H. Vangassen (Amberes, 1931); de la región subcarpática de Polonia, por M. Malecki y K. Nitsch (Introducción y t. I, Cracovia, 1934); de Holanda, por G. G. Kloeke (4 fascículos, Leiden, 1939-48); de Nueva Inglaterra, dirigido por H. Kurath (Providence, 1939 y

(17) Acerca de la importancia de esta obra ejemplar para los estudios lingüísticos hispanoamericanos, v. la reseña de A. ROSENBLAT, en "Nueva Revista de Filología Hispánica", IV, pp. 161-166.

(18) La iniciativa del Atlas lingüístico de España pertenece a D. R. Menéndez Pidal, quien destacó su necesidad ya por 1907. Pero sólo alrededor de 1923 el proyecto empezó a tomar cuerpo. Sobre las características y las vicisitudes del *ALPI* informan dos investigadores del mismo: L. RODRÍGUEZ CASTELLANO, *El Atlas lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*, en "Archivum", Oviedo, 1952, pp. 288-296, y M. SANCHIS GUARNER, *La cartografía lingüística en la actualidad y el Atlas de la Península Ibérica*, Palma de Mallorca, 1953. La información proporcionada por estos autores ha disipado las dudas que hasta hace unos pocos años subsistían acerca del destino del atlas español (cf. S. POP, *Ob. cit.*, p. 429).

sigs.), etc.; y muchos otros se han proyectado o ya se están preparando.

4.3. Además de estos resultados materialmente evidentes, la geografía lingüística ha hecho progresos en varios sentidos, fecundando otros campos de la investigación lingüística y cultural.

El método "espacial" elaborado por Bartoli (cf. 2.2.) ha sido aplicado en el campo de la reconstrucción y prehistoria del indoeuropeo, con restricciones y críticas, por V. Pisani, por G. Bonfante y, sin restricciones, por el propio Bartoli (cf. 7. 4 - 5.). El mismo método, superados los límites de la lingüística, ha sido reconocido como fructuoso para las investigaciones etnográficas y folklóricas (19).

Por otra parte, mediante la unión con la orientación lingüístico - etnográfica llamada "Wörter und Sachen" ("palabras y cosas"), que exige el estudio simultáneo de las palabras y de los objetos que ellas designan (20) —unión que, como se ha visto, se presenta en forma sistemática en el AIS—, la geografía lingüística ha dado nuevo impulso a la onomasiología, un campo de investigación en el que se han destacado estudiosos como V. Bertoldi, E. Eggenschwiler y F. Krüger (21).

Finalmente, se ha entrevisto también la posibilidad de elaborar un atlas fonológico de Europa, y la Asociación Internacional de Estudios Fonológicos ha tomado una resolución en este sentido en 1936. Una "geografía fonológica" presentaría un interés muy peculiar, porque a menudo las lenguas territorialmente vecinas pueden presentar inventarios fonemáticos idénticos o muy semejantes (como, por ej., en el caso del español y del vascuence), aunque no exista entre ellas lo que se llama "parentesco genealógico" (22).

5.1. El atlas lingüístico es esencialmente una "colección de material" (cf. 2.1.). Por lo tanto, lo que se comprueba en un atlas podría deducirse también de otras colecciones de materiales (por ej., textos y léxicos dialectales), así como de estudios particulares sobre los dialectos. Pero el atlas presenta ventajas de claridad y evidencia

(19) Cf. M. BARTOLI, *LLS*, pp. 46 y 53, ns. 143, 144.

(20) La revista "Wörter und Sachen", Heidelberg, 1909 y sigs., fue fundada por R. MERINGER y W. MEYER - LÜBKE. Pero como iniciador del movimiento hay que citar, junto con Meringer, a H. SCHUCHARDT. Acerca de Meringer, v. la introducción de P. U. GONZÁLEZ DE LA CALLE a la trad. esp. de R. MERINGER, *Lingüística indoeuropea*, Madrid, 1923, pp. 7-26. Acerca de Schuchardt: A. CASTRO, *Hugo Schuchardt, en Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid, 1924, pp. 155-170, y A. B. TERRACINI, *Schuchardt, en Perfiles de lingüistas*, Tucumán, 1946, pp. 103-131.

(21) De V. BERTOLDI es célebre, sobre todo, el estudio *Un ribelle nel regno de' fiori. I nomi romanzi del Colchicum Autumnale*, Ginebra, 1923; pero cf. también, entre las obras más recientes, *La parola quale testimone della storia*, Nápoles, 1945, y *La Glottologia come storia della cultura. Principi metodi problemi*, Nápoles, 1946. De E. EGGENSCHWILER: *Die Namen der Fledermaus auf dem französischen und italienischen Sprachgebiet*, Leipzig, 1934. De F. KRÜGER, que dirigió durante muchos años la famosa revista de Hamburgo "Volkstum und Kultur der Romanen" y es actualmente profesor en la universidad de Mendoza (R. Argentina), hay que recordar por lo menos la monumental obra etnográfico - lingüística *Die Hochpyrenäen*, 6 ts., Hamburgo, 1936-1939.

(22) Cf. N. S. TRUBETZKOY, *Phonologie et géographie linguistique*, en *Principes de phonologie*, trad. fr., París, 1949, pp. 343-350.

inmediata de los fenómenos y garantías de unidad técnica, de homogeneidad del material, y de densidad de puntos estudiados, que no pueden reunir las simples investigaciones puntuales (cf. 4.2.). Y, sobre todo, no presenta los hechos aislados, en un solo hablar, sino en el conjunto de hablantes en los que se articula un dialecto o una lengua, ofreciendo para cada fenómeno una visión espacial simultánea que permite importantes inducciones de orden histórico, general y comparativo.

5.2. En primer lugar, el atlas permite comprobar la existencia misma de una forma, hecho que se considera particularmente importante si se trata de la persistencia de una forma antigua, sustituida por formas más recientes en la mayoría de los hablantes

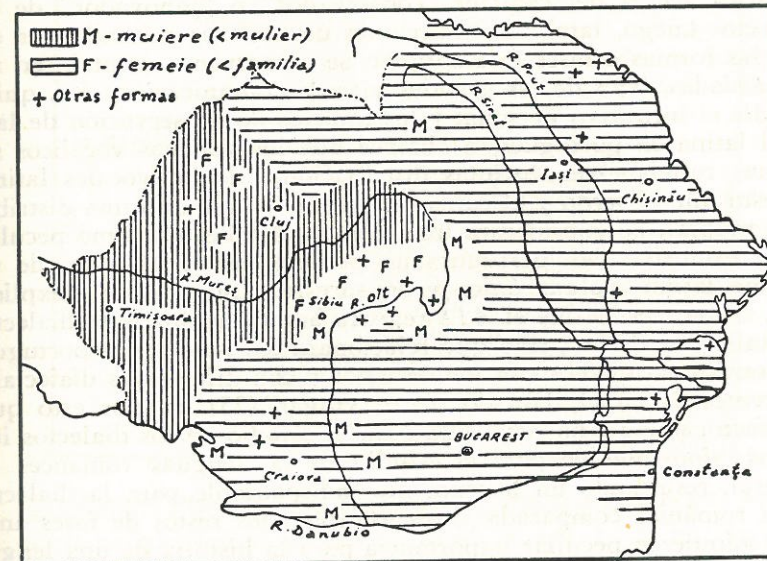


FIG. 6. — Áreas aproximadas de *mujer* y *femeie* ("mujer") en rumano (sobre la base del mapa 278, FEMEIE, del ALRM I).

investigados. Es decir que el atlas lingüístico constituye, en primer lugar, un valioso *inventario de formas*. Claro está que las mismas formas pueden ser señaladas también por estudios particulares sobre los dialectos; pero sólo una investigación sistemática en una red de puntos con "mallas" suficientemente estrechas, como las que se exigen para los atlas lingüísticos, ofrece buenas garantías acerca de la amplitud del inventario y permite suponer razonablemente que no sean muy numerosas las formas no "rastreadas" (si ellas corresponden a alguna pregunta del cuestionario). Además, la forma cuya existencia se comprueba adquiere especial significación en un mapa, puesto que se la ve en un conjunto: al lado de las formas a las que está eliminando (si se trata de una innovación) o que la han sustituido (si se trata de una conservación). Así, por ej., se

comprueba que el lat. *apes* o *apis*, "abeja", generalmente sustituido en francés por el tipo meridional *abeille* (< *apícula*) y por otros tipos, se conserva todavía esporádicamente, en algunas zonas marginales (v. fig. 12). Al mismo tiempo, se comprueban los límites, las áreas, de los fenómenos registrados. Así, por ej., se comprueba que, en rumano, las formas latinas *mulier*, "mujer", y *nivem*, "nieve", se conservan en Transilvania (*muiere*, *nea*), mientras que en las otras regiones han sido sustituidas, respectivamente, por el más reciente *femeie* < *familia* (v. fig. 6) y por los empréstitos *zăpadă* y *omăt*.

5.3. Tales comprobaciones, si se pueden constituir series de muchos casos análogos, consienten, ante todo, inducciones de índole histórica acerca del carácter "conservador" o "innovador" de un dialecto. Luego, también inducciones de carácter general: por ej., que las formas o fases más antiguas se conservan a menudo en zonas aisladas, lejos de las grandes vías de comunicación. Así, quien estudie el infinitivo personal y los indicios de conservación de la *u* final latina en portugués, u observe que los sistemas vocálicos romances reflejan tres distintas distribuciones de las vocales latinas (puesto que el sardo y el rumano presentan cada uno una distribución propia), no considerará los primeros dos hechos como peculiaridad exclusiva del portugués ni pensará en la escisión de un sistema latino-vulgar único y en sucesivas regresiones inexplicables, si comprueba que el AIS registra hechos análogos en dialectos de Italia meridional, sino que relacionará los fenómenos portugueses, sardos y rumanos con los italianos y con diferencias dialectales existentes ya en el llamado "latín vulgar" (23). Es por esto que, en efecto, el AIS no sirve sólo para el estudio de los dialectos italianos, sino también para el estudio de las lenguas romances en general, resultando un instrumento indispensable para la dialectología románica comparada. Y es así como los restos de fases antiguas adquieren peculiar importancia para la historia de una lengua o de un grupo de lenguas.

5.4. Por lo que concierne a las innovaciones, el atlas lingüístico permite inducciones del mismo tipo. En primer lugar, inducciones históricas: desde qué centro se ha difundido una innovación (por ej., de una ciudad importante, de particular prestigio cultural y político) y hasta dónde ha llegado; cuáles son sus límites, los obstáculos que han detenido su difusión; cuáles han sido, en general, los centros innovadores en un territorio y cuáles las resistencias a las innovaciones. Así, un mapa de algunos fenómenos fonéticos hispánicos pone en evidencia que ciertas innovaciones han partido de Galicia, otras de Cataluña y otras, la mayoría, de Castilla, y que el castellano es el dialecto más innovador dentro del conjunto ibero-romance (v. fig. 10).

En segundo lugar, inducciones de índole general: las innova-

(23) Cf. H. MEIER, *A formação da língua portuguesa*, en *Ensaio de filologia românica*, Lisboa, 1948, pp. 5-30 (partic. p. 11 y sigs.).

ciones se difunden a lo largo de las grandes vías de comunicación, siguiendo, por ej., los valles de los ríos (v. fig. 7), y a menudo pasan de una ciudad a otra sin conquistar las campañas intermedias (en Francia, por ej., pasan de París directamente a Burdeos, Lyon, Marsella, etc.). Pasan de un dialecto a otro y de una lengua a otra, sobre todo si se trata de dialectos o lenguas afines. Así, en España las formas de origen francés y provenzal se difundieron a lo largo

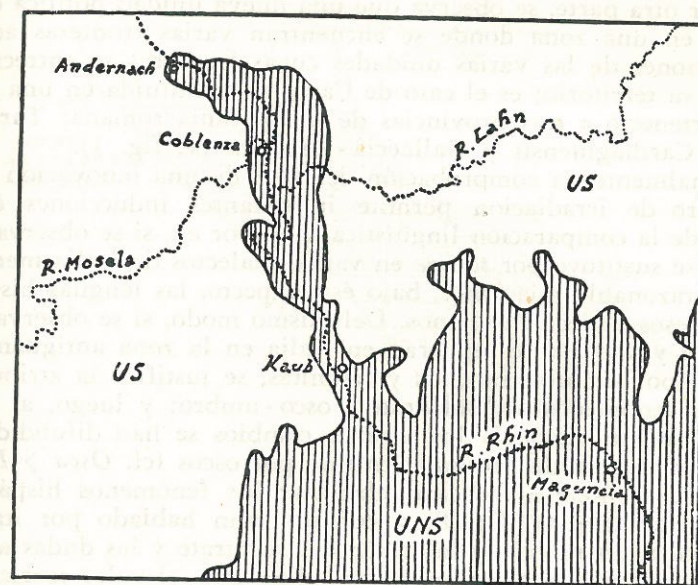


Fig. 7. — Renania: penetración de la forma *uns* en el área de *us*, por el valle del Rin (según A. BACH).

del "camino francés" que unía antiguamente Navarra a Santiago de Compostela. Naturalmente, no hay que interpretar esto de manera mecanicista; las formas lingüísticas no avanzan por su cuenta e independientemente de los individuos hablantes, sino que pasan de un individuo a otro, y la rapidez y amplitud de su difusión depende del prestigio de los individuos y de los centros innovadores y de la intensidad y vastedad de las relaciones sociales y culturales: "Speech, like disease, spreads quickest where contact is closest and intercourse most intense" (24). Se observa, asimismo, que las innovaciones son detenidas por las fronteras o por los obstáculos naturales que impiden efectivamente la intercomunicación (cf. 1.2.). Muchos haces de "isoglosas" (líneas que limitan las áreas ocupadas por los hechos lingüísticos) coinciden con antiguas fronteras políticas, o eclesiásticas, o administrativas, sobre todo si se trata de fronteras que se han mantenido durante siglos (así, por ej., los

(24) L. R. PALMER, *An Introduction*, p. 138.

Pirineos entre el español y el gascón, pero no entre el catalán de Cataluña y el catalán del Rosellón). A este propósito hay que insistir en el hecho ya señalado de que los límites lingüísticos no coinciden necesariamente con los límites naturales: un río no navegable, bastante ancho y sin puentes, impide la difusión de las innovaciones y constituye límite dialectal, pero no sucede lo mismo con un río navegable o cruzado por muchos puentes, que no impide la intercomunicación (25).

Por otra parte, se observa que una nueva unidad política constituida en una zona donde se encuentran varias fronteras acepta innovaciones de las varias unidades cuyas fronteras se entrecruzaban en su territorio; es el caso de Castilla, constituida en una zona que perteneció a tres provincias de la Hispania romana: Tarracensis, Carthaginensis y Gallaecia - Asturica (v. fig. 1).

Finalmente, la comprobación del área de una innovación y de su centro de irradiación permite importantes inducciones en el campo de la comparación lingüística. Así, por ej., si se observa que *habere* se sustituye por *tenere* en varios dialectos de Italia meridional, es razonable relacionar, bajo este aspecto, las lenguas hispánicas con esos dialectos italianos. Del mismo modo, si se observa que *mb* > *m* y *nd* > *n* se registran en Italia en la zona antiguamente poblada por umbros, sabelios y samnitas, se justifica la atribución de tales fenómenos al "substrato" osco-umbro; y luego, al comprobar que en Hispania los mismos cambios se han difundido de una zona colonizada presumiblemente por oscos (cf. *Osca* > *Huesca*), es, evidentemente, lícito relacionar los fenómenos hispánicos con los italianos (v. fig. 8) y con un latín hablado por itálicos (las discusiones acerca de la acción del substrato y las dudas acerca de la etimología de *Osca* no quitan, claro está, el valor teórico del ejemplo).

5.5. Lo dicho hasta aquí implica que en los mapas lingüísticos se comprueba también, y sobre todo, la *distribución* de un fenómeno con respecto a otro (de una conservación con respecto a la innovación que la sustituye). Y la distribución permite observar que ciertos dialectos se diferencian de otros, no tanto por diferencias ya existentes en la unidad o en las unidades lingüísticas de las que ellos proceden, como porque muchas innovaciones más recientes no abarcan todo el territorio considerado: han conquistado determinados dialectos, pero, por varias razones, no han llegado a otros. Así, por ej., en Hispania, la palatalización de *pl*, *fl*, *kl* iniciales, surgida en Galicia, se ha difundido también al castellano, pero no ha llegado al catalán; la reducción de *mb* a *m*, realizada primero en la zona catalano-aragonesa, ha llegado al castellano pero no al gallego-portugués; la diptongación de *e* y *o* abiertas acentuadas, originada en el centro de la Península, se ha difundido a todos los dialectos propiamente españoles, pero no ha llegado ni al gallego-portugués ni al catalán (v. fig. 10).

(25) Id., *ibid.*, p. 140; A. DAUZAT, *La géogr. ling.*, pp. 179-180.

En un plano más general, se observa que las fases más antiguas se conservan, normalmente, en zonas "aisladas" o en zonas "laterales" (cf. 7.2.), como es el caso de *apes* y de *equa* en Francia (v. figs. 9, 12), lo cual indica que, presumiblemente, en una época anterior, las mismas zonas debían de estar unidas a través de una zona intermedia, ocupada luego por una innovación. Y lo mismo

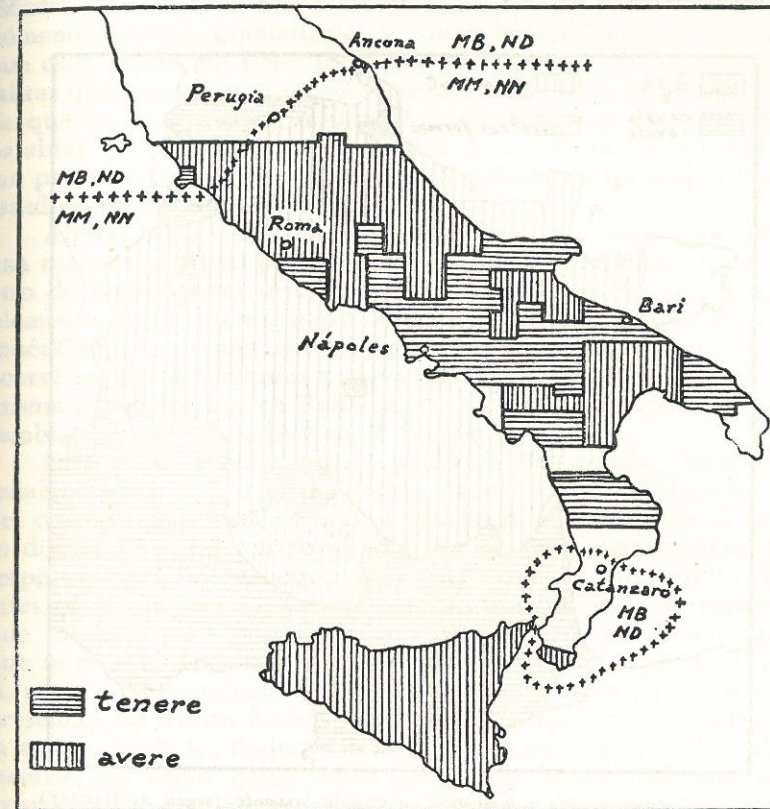


FIG. 8. — *Tenere* y *avere* y *mb, nd* > *mm, nn*, en la Italia centro-meridional (según H. MEIER y C. TAGLIAVINI).

puede observarse con respecto a un grupo de lenguas: así, por ej., el hecho de que *formosus*, *mensa*, *petere* se conserven en Hispania y en Dacia indica que antiguamente sus áreas debían de ser continuas y que fueron separadas por la difusión de las innovaciones *bellus*, *tabula*, *demandare* (cf. 7.2-3.).

5.6. Pero normalmente no se comprueba una sola pareja de formas (una conservación y una innovación), sino varias formas: una innovación se difunde en cierta área y en esta misma área surgen nuevas innovaciones. Tal comprobación permite establecer, con ayuda documental, lo que se llama la *estratigrafía* de las formas

lingüísticas. Así, en Francia, se encuentran al lado de *forgeron*, que es el término más nuevo (derivado de *forger* < *fabricare*), el antiguo *faber* (*fabre, faure, fèvre*) y el intermedio *ferrarius* (*ferrier*). Las tres formas se han sucedido en el gran centro innovador de París: a una "capa" primitiva *fèvre* se ha sobrepuesto la "capa" *ferrier*, y a ésta la "capa" *forgeron* (26). Análogo es el caso de *equa*, *cavalla*, *iumentum* (v. fig. 9.). *Equa*, el término latino clásico que

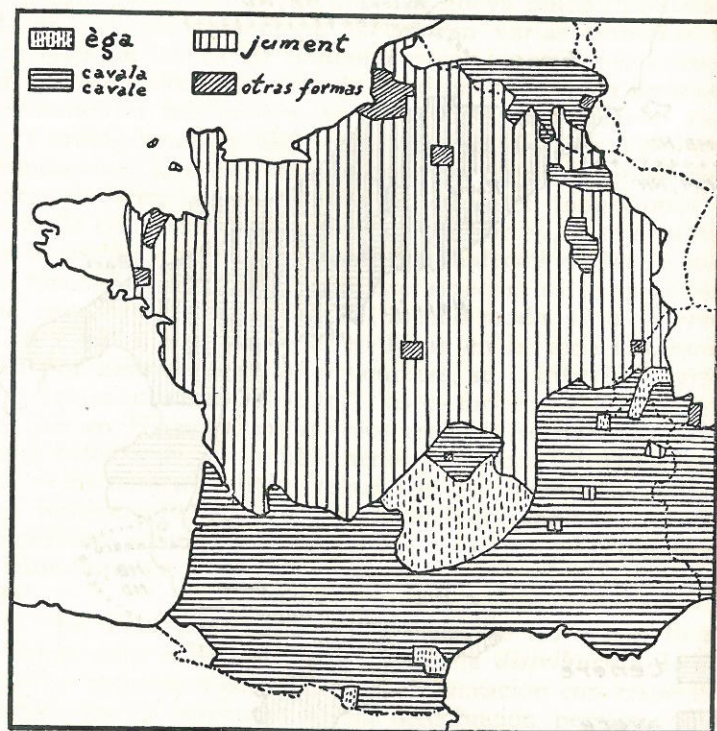


FIG. 9. — *Equa, cavalla e iumentum* en el galorromance (según A. DAUZAT).

se conserva en Hispania (esp. *yegua*) y en Dacia (rum. *iapă*), persiste sólo en pocas y reducidas zonas en Francia, bajo la forma *èga*; *cavalla* (*cavala, cavale*), término de difusión más reciente, se extiende a expensas de *èga* hasta Valonia, y, finalmente, se difunde de la zona de París la innovación *jument* (< *iumentum*, bestia de carga), a expensas de *cavala, cavale*: las áreas de *èga* son laterales con respecto a las de *cavala, cavale*, y éstas son laterales con respecto a la de *jument*. Pero el hecho de que *jument* se encuentre también en algunos puntos aislados del Sur no significa en este caso que tales puntos debieron de constituir antaño una zona conti-

(26) Cf. V. BERTOLDI, *Il linguaggio umano*, pp. 115-116.

nua: se debe a la difusión discontinua de las formas de París (cf. 5.4), por lo menos en el hablar de ciertos sujetos "francesizados" (27).

5.7. Las comprobaciones hasta aquí señaladas se hacen, prácticamente, con respecto a un hecho (o a una serie de hechos correlativos), en un mapa. Pero al comparar varios mapas, o al reunir varios hechos en un mapa sintético, se impone otra observación esencial, y es que, lo más a menudo, los límites entre los varios fenómenos léxicos, gramaticales y fonéticos análogos no coinciden, que cada fenómeno tiene su área y tienen áreas distintas hasta palabras que presentan el mismo fenómeno (cf. 3.3.). La comprobación de que las áreas de los mismos cambios fonéticos en una serie de palabras no coinciden se ha podido hacer hasta en un territorio tan pequeño como Puerto Rico, como resulta de los mapas y de los estudios de T. Navarro Tomás (cf. 4.2.).

Ahora, la no-coincidencia entre las varias "isoglosas" implica una nueva visión del problema de los límites dialectales y de aquel otro de las llamadas *leyes fonéticas*, pues parece indicar que, simplemente, no existen límites entre los dialectos y que las "leyes fonéticas" tienen una aplicación arbitraria y caótica: un cambio ocurre en ciertas palabras y no ocurre en otras que se hallan en la misma situación; así, en Renania, no coinciden las áreas del mismo cambio *k > ch* en *make* y en *ik* (v. fig. 5.).

Esto se ha interpretado a veces en un sentido "extremista", señalándose la arbitrariedad tanto de los límites dialectales como del concepto de "ley fonética", y mucho se han criticado el presunto dogmatismo y la presunta ceguera de los neogramáticos a este respecto. Pero, en realidad, el subrayar que *no hay* límites dialectales revela la misma actitud fundamental de los que insisten en que los hay, pues implica pensar que debería haberlos: significa que se piensan los dialectos como *cosas concretas*, existentes de por sí, antes e independientemente de la comprobación de las áreas que presentan los varios hechos lingüísticos en un territorio. En efecto, la existencia de los dialectos no implica la existencia de límites dialectales, así como negar estos límites no implica afirmar la no-existencia de los dialectos. Los dialectos no existen *antes* sino *después* de la comprobación de las áreas en las que se registran los fenómenos concretos del hablar; no son *cosas*, sino *abstracciones*, sistemas de isoglosas que se estructuran por encima de la multifor-midad del hablar. Y entre los dialectos puede haber, naturalmente, interferencias y caracteres comunes; es decir que ciertas isoglosas abarcan más de un dialecto: todo depende de las isoglosas que, por convención, se adopten como límites dialectales. Sin embargo, esta convención no es totalmente arbitraria, porque no todas las isoglosas tienen la misma importancia: una isoglosa que abarque un territorio amplio es más importante que una que abarque sólo pocas aldeas (28), y un haz de isoglosas que coinciden en una misma línea

(27) A. DAUZAT, *La géogr. ling.*, pp. 37-38.

(28) Cf. L. BLOOMFIELD, *Language*, pp. 341-342.

—como sucede en Hispania al sur del Duero (v. fig. 10)— es más importante que una sola isoglosa con recorrido aislado. Ahora, el observar que en ciertas zonas las isoglosas no coinciden significa sólo que hay interferencias entre los “dialectos”, en el sentido definido, lo cual es comprensible. Y, al mismo tiempo, significa que en otras zonas coinciden “extrañamente”. En realidad, hay que ex-

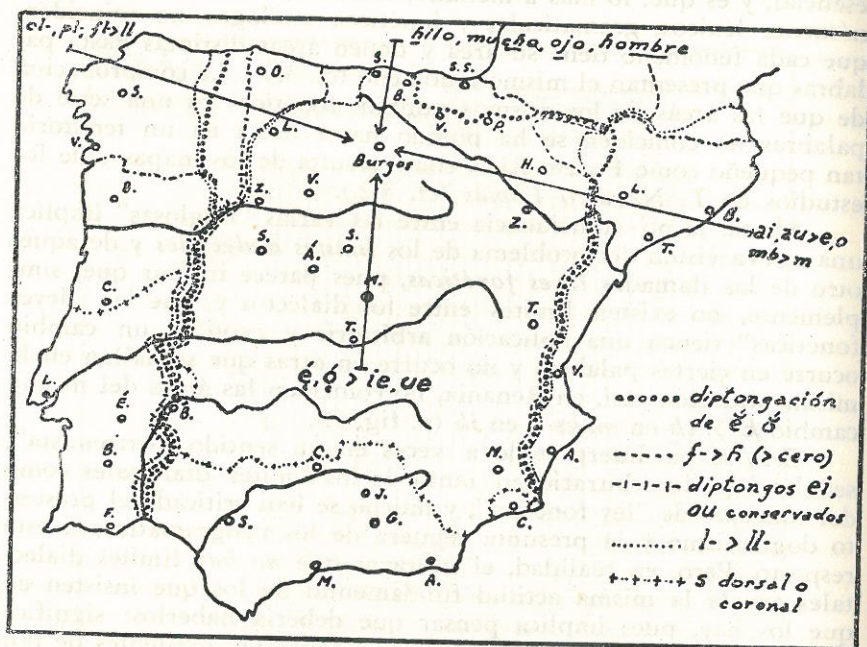


FIG. 10. — Principales isoglosas hispánicas y confluencia de innovaciones en el castellano (según R. MENÉNDEZ PIDAL y H. MEIER).

plicar tanto la coincidencia como la no-coincidencia de las isoglosas y la explicación resulta ser, justamente, geopolítica o histórica (29).

Lo mismo vale con respecto a las llamadas “leyes fonéticas”. La comprobación de la distinta extensión de las áreas no implica un rechazo de la idea de “ley fonética” (pues se reconoce que hay zonas en las que ella se aplica), sino que sólo señala la existencia de “excepciones”, hecho reconocido también por los neogramáticos. En realidad, la comprobación no se refiere al *cambio fonético* en sí, sino a la manera de difundirse los cambios, y afecta sólo la idea neogramática del cambio simultáneo en toda una lengua, es decir, la concepción de la lengua como organismo natural y autónomo y de la ley fonética como ley física: señala que los cambios se difunden con las palabras, de individuo a individuo; que no son fenóme-

(29) Id., *ibid.*, pp. 343-345.

nos físicos, sino fenómenos sociales y culturales. La normalidad y uniformidad de un cambio es un hecho, pero un hecho de carácter histórico, una comprobación *a posteriori*. En efecto, los mapas lingüísticos presentan zonas donde un cambio ha ocurrido y otras donde no ha ocurrido: no revelan sólo que el cambio *no es* uniforme, sino también que en ciertas zonas *es* uniforme. No se trata, pues, de negar o afirmar una *ley*, sino de explicar dos hechos históricos: la uniformidad del cambio en unas zonas y la no-uniformidad en otras. Lo que ocurre es que, aquí también, hay interferencias entre zonas; pero no hay por qué considerarlas como “anormales” (así se consideran sólo si se piensa que realmente la “ley fonética” debería ser general): pueden interpretarse como interferencias entre dos o más normas. Por ej., en Renania hay puntos donde *k* cambia en *ch* y otros donde no cambia (v. fig. 5); la innovación ha conquistado enteramente ciertos hablares, mientras que en otros hablares sólo ha conquistado ciertas palabras. Dos palabras opuestas en este aspecto (por ej. *ik* y *mache*) pertenecen a *dos normas distintas*. En otros términos, el principio neogramático es útil si se considera histórica y no físicamente, y la *geografía lingüística no contribuye a destruirlo, como a veces se cree, sino, justamente, a transformarlo de físico en histórico*.

Pero hay que observar que una lengua de cultura puede formarse en una zona de interferencias, y que entonces queda fijada una situación de heterogeneidad. En tal caso, la lengua comprenderá palabras en las que un cambio ha ocurrido y otras en las que no ha ocurrido. Así sucede con el toscano, donde a palabras como *lago*, *ago* se oponen otras con la sorda intervocálica no sonorizada (*fucoco*, *potere*); o con el castellano, donde a *lomo*, *plomo* se oponen *ambos*, *cambiar*, que conservan el antiguo grupo *-mb-*. Esto, sin embargo, no implica nada anormal, si se entiende que también la lengua es sólo un “sistema de isoglosas” (30) y que una norma se verifica dentro del área de una isoglosa y concierne a esta área, y no a la lengua. La norma fonética se comprueba donde ha ocurrido un cambio y no donde no ha ocurrido, y un idioma (o un dialecto) no se caracteriza sólo por isoglosas que lo abarcan exclusivamente y en su totalidad, sino también por isoglosas que lo superan y por otras que le son internas: se opone a otras unidades por las isoglosas que le son propias; se relaciona con otras unidades por las isoglosas que tiene en común con ellas; y se subdivide en unidades menores por las isoglosas que le son internas.

Distinto es el problema de la comprobación de las interferencias de normas cuando no se conoce la historia de las lenguas que se comparan. Aquí hay que aplicar estrictamente las normas, dejando de lado las “excepciones” (interferencias), que podrán o no explicarse: la comparación no puede hacerse sin reconocer la validez

(30) Acerca del concepto de “lengua” como sistema de isoglosas que se estructura sobre la base de los actos lingüísticos concretos, cf. V. PISANI, *La lingua e la sua storia*, en *Linguistica generale e indoeuropea*, Milán, 1947, pp. 9-19.

del principio de la regularidad de las correspondencias fonéticas (aunque sin atribuirle carácter absoluto, de ley física), porque tal principio constituye su mismo fundamento.

6.1. Las comprobaciones e inducciones señaladas en el capítulo anterior las hizo, naturalmente, y ya desde el comienzo, J. Gilliéron, sobre la base del ALF. Pero Gilliéron no tenía un interés real por la *lengua*, como entidad histórico-cultural, sino más bien por el *lenguaje* en su múltiple variedad: su cariño por los *patois* era, justamente, la forma de su interés por la espontaneidad expresiva, por el hablar como síntoma inmediato de fenómenos de la conciencia. Por esto trató de ir mucho más allá de las observaciones objetivas, intentando descubrir, con la ayuda del atlas y también de otros datos, el mecanismo interno del lenguaje, la razón íntima de las innovaciones. A este propósito empezó, ya desde 1905, a publicar varios ensayos, algunos de ellos en colaboración (31). En estos ensayos, ahora famosos, entre muchas intuiciones agudas y muchas expresiones polémicas, aparecen principalmente dos conceptos nuevos, con respecto al "cambio lingüístico": la *patología* y la *terapia* verbales. Al inevitable esquematismo simplificador de la historia comparada de las lenguas, que ignora o debe ignorar los detalles (32), Gilliéron opone de esta manera la infinita complejidad de la historia de las palabras.

6.2. Se da un caso de "patología verbal", según Gilliéron, cuando dos palabras, en virtud de los cambios fonéticos, se vuelven homófonas, o cuando una palabra pierde su expresividad, por haberse reducido excesivamente su cuerpo fónico. Se necesita entonces una "terapia": el hablante siente la necesidad de modificar o sustituir la palabra que ya no le sirve.

Así, por ej., comprueba Gilliéron que el lat. *serrare*, "serrar, aserrar", ha sido sustituido por varios otros verbos, como *secare*, "segar", justo en una zona en la que se encontraba con otro *serrare*, "cerrar" (y en español puede explicarse de la misma manera la forma con "ceceo" que tenemos en *cerrar*); como *moudre* < *mulgere*, "ordeñar", ha sido sustituido por *traire* < *trabere* ahí donde coincidía fónicamente con otro *moudre* < *molere*, "moler". Pero el ejemplo más famoso es el de *gallus*, "gallo": en una amplia zona de Francia meridional (v. fig. 11), esta palabra latina ha sido sustituida por otras que significaban propiamente "pollo", "faisán", o por la imagen *vicaire*, "cura"; y la comparación de varios mapas

(31) *L'aire clavellus*, Neuveville, 1912; *Généalogie des mots qui désignent l'abeille*, París, 1918; *La faille de l'étymologie phonétique*, Neuveville, 1919; *Les conséquences d'une collision lexicale et la latinisation des mots français*, París, 1921; *Pathologie et thérapeutique verbales*, París, 1921; *Les étymologies des étymologistes et celles du peuple*, París, 1922; J. G. y J. MONGIN, *Scier dans la Gaule romane du Sud et de l'Est*, París, 1905; J. G. y M. ROQUES, *Études de géographie linguistique d'après l'ALF*, París, 1912. Sobre Gilliéron: A. MEILLET, *J. Gilliéron et l'influence de l'étude des parlers locaux sur le développement du romanisme*, en *Linguistique historique et linguistique générale*, I, nueva ed., París, 1948, pp. 305-309; A. B. TERRACINI, *Gilliéron, en Profites*, pp. 85-102; F. SCHÜRR, *Sprachwissenschaft und Zeitgeist*, 2ª. ed., Marburgo, 1925, pp. 72-77.

(32) Cf. A. MEILLET, *J. Gilliéron*, pp. 308-309.

muestra que la sustitución ha ocurrido justamente en una zona donde, por la normal evolución fonética de *ll* > *t*, *gallus* debía dar *gat*, confundiéndose, por lo tanto, con la otra palabra *gat*, de *cattus*, "gato".

La homofonía como tal no es un fenómeno que los lingüistas hayan descuidado. Del mismo modo, en rumano, un probable *leg*, "leo" se habrá sustituido por el eslavo *citesc* por la homonimia con

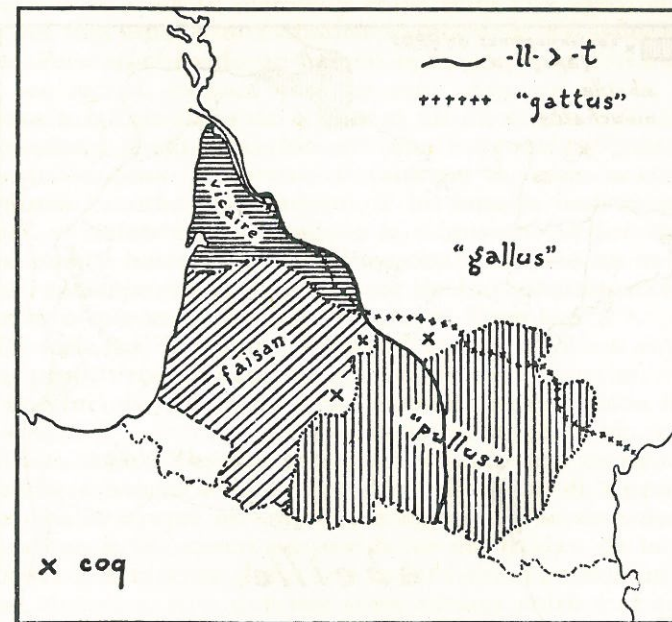


FIG. 11. — Los nombres del "gallo" en el S.O. de Francia (según A. DAUZAT y C. TAGLIAVINI).

leg, "ato"; en italiano, el normal *mancare* < *manducare*, "comer", se sustituyó por la forma galo-romance *mangiare*, probablemente, para evitar la confusión con *mancare*, "faltar"; a la sustitución del lat. *bellum* por el germánico *werra* (*guerra*) debe de haber contribuido la homonimia con *bellus*, "bonito, hermoso"; en rioplatense, *cocer* se sustituye por *cocinar* debido a la confusión con *coser*, etc. Pero Gilliéron ha atribuido a la homofonía una importancia decisiva y ha logrado demostrar su "terapia" con ejemplos geográficamente evidentes.

Un ejemplo del otro caso de "terapia" es el de *apes* o *apis*, "abeja" (v. fig. 12). Esta palabra antigua ha sido sustituida en la mayoría de los dialectos franceses —y a través de un proceso que Gilliéron ve sumamente complejo— por varios otros términos (*mouche*, *mouchette*, *essette*, *mouche à miel*, *abeille*): tal sustitución habría ocurrido, principalmente, por haberse reducido el cuer-

po fónico de *apis*, *apes* a un simple monosílabo (*ef*, *é*), de expresividad insuficiente. La misma razón habrá contribuido en la sustitución de términos como *sol* y *pectus* por *soleil* < *soliculum* y *poitrine* < *pectorina*; y, en español, de *caput* y *cor* por *cabeza* < *capitia* y *corazón* < *corationem*.

Naturalmente, no hay que pensar que, en todos estos casos y justo en el momento en el que intervino la homofonía o la reducción del cuerpo fónico, un hablante inventó *ad hoc* una forma

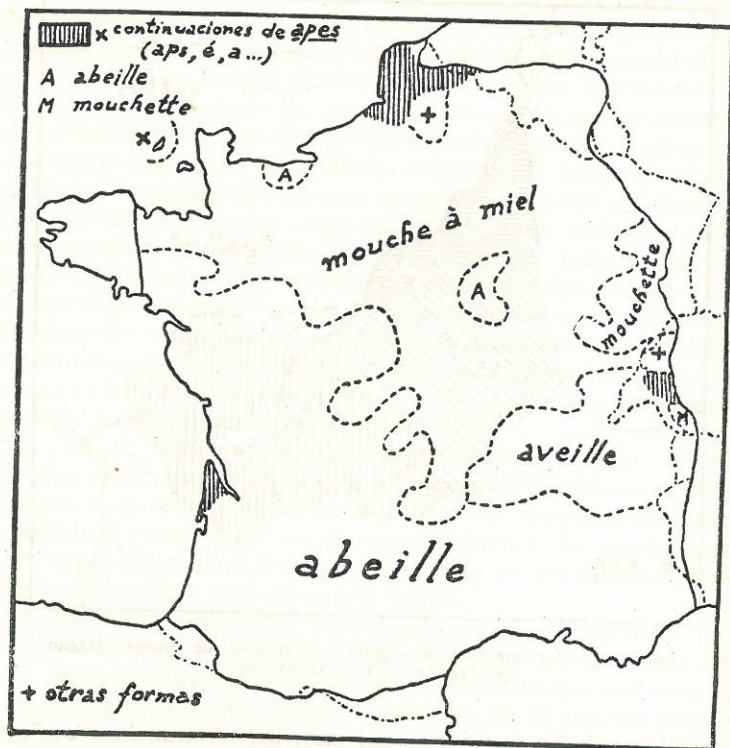


FIG. 12. — Zonas donde se conserva lat. *apes*, *apis* y áreas aproximadas de algunas formas más recientes, en el galo-romance (según el mapa I, *abeille*, del ALF).

nueva, con fines exclusivamente "terapéuticos": las formas dobles y las imágenes habrán existido ya antes, y su adecuación a una necesidad expresiva habrá sólo facilitado su difusión (es decir, su aceptación por un número cada vez mayor de hablantes).

6.3. Por otra parte, Gilliéron trata de descubrir las imágenes con las que las palabras se asocian en la mente de los hablantes, valorizando de esta manera la *etimología popular*. Así, para la objetividad del lingüista, *fermer* es sólo una forma que procede del lat. *firmare*, pero para el hablante real e ingenuo la misma forma se asocia con *fer*, "hierro" (y significa, por lo tanto, "cerrar con un hierro"). Gilliéron entiende que hay que considerar las palabras en

relación con la vida psíquica y también con la vida material de los hablantes, con las *cosas* que ellas designan: observa, por ej., que en la zona donde a *serrare* se ha sustituido *secare*, "segar", se emplea una guadaña con dientes, semejante a una sierra. De este modo, el autor del ALF se acerca a Schuchardt y al ya recordado movimiento *Wörter und Sachen* (cf. 4.3.).

6.4. Ciertos estudiosos, dados los hechos que señala la geografía lingüística y el tono polémico adoptado a menudo por Gilliéron, han visto en su método y en su obra una total negación de las "leyes fonéticas" y una oposición esencial a la ideología neogramática. Pero en el fondo no hay tal oposición o, por lo menos, ésta no es tan radical como a veces se cree. Algunos de los ejemplos fonéticos más conocidos de Gilliéron caben dentro de la ideología neogramática, como "excepciones" que hay que explicar "psicológicamente" o como "empréstitos" (aunque suponen un concepto de "empréstito" mucho más elástico). Y los mismos fenómenos de "patología" y "terapéutica" implican la admisión del principio de la normalidad, y hasta de la "inexcepcionalidad", de los cambios fonéticos (*gallus* se vuelve *gat* a pesar de la confusión con *cattus*, y es por esto que se llega a una situación "patológica").

En realidad, la geografía lingüística no modifica aquello que los neogramáticos habían comprobado como "hecho" histórico. Pero proporciona más hechos, permite una nueva visión de los hechos mismos y contribuye a modificar su interpretación, colaborando de esta manera en la estructuración de una concepción más propiamente histórica de la "lengua". Lo que el nuevo método comprueba es lo que era razonable esperar, si se considera que la "lengua" no existe concretamente fuera del hablar, de la actividad lingüística concreta: es decir, que en el hablar no domina la regularidad mecánica, sino que hay compromisos entre formas viejas y formas nuevas, sobreposiciones de normas, zonas intermedias, focos de resistencia a la innovación, sobrevivencias, etc. Bajo este aspecto, lo más valioso de la polémica de Gilliéron es el haber intuido este estudioso que el secreto de la "lengua" se halla encerrado en el hablar: que toda innovación tiene un origen individual; y el haber tratado de explicar la innovación misma, colocándose en la mentalidad de quien la introdujo, antes aún de explicar su difusión o aceptación (33).

Su valoración de la "etimología popular" es, sin duda, importante, pero no hay que interpretarla (como él mismo hacía) en el sentido de una oposición entre esta "etimología", que es un *hecho* lingüístico, y la "etimología de los doctos", que es investigación e interpretación de hechos: lo que Gilliéron sostiene, en el fondo, es sólo que la etimología no debe ser simple ecuación fonética, sino historia de la palabra. Y acerca de esto último ya en su época estaban de acuerdo otros lingüistas, en primer lugar, H. Schuchardt (34).

(33) Cf. A. B. TERRACINI, *Gilliéron*, p. 99.

(34) Id., *ibid.*, pp. 109-110.

La geografía lingüística confirma en efecto, que *cada palabra tiene su historia*. Pero, naturalmente, esto no significa, como algunos creen, que la historia de las palabras debería sustituir la historia de las lenguas, así como el hecho de que cada individuo tiene su historia no implica que no pueda hacerse la historia de una nación. Nos encontramos aquí con una interpretación errónea del método geográfico y de sus alcances, análoga a aquella otra de que la geografía lingüística debería tratar a toda costa de desenterrar las formas antiguas conservadas en los *patois*(35), para lo cual estaría permitido hasta "provocar" una segunda respuesta del sujeto interrogado, si en la primera éste se dejara influir por la lengua común (36). Es, ésta, una "arqueología" lingüística que Gilliéron no habría hecho nunca, porque lo que él buscaba era la espontaneidad del hablar, y en el hablar no es importante sólo la conservación de elementos antiguos sino también la aceptación de innovaciones y elementos de la lengua común: su uniformización por razones sociales y culturales. Del mismo modo, Gilliéron, aun ocupándose de palabras, no podía reducir la historia de la lengua a la historia de las palabras, porque consideraba cada palabra en un conjunto, en relación con todo un patrimonio léxico y gramatical.

En realidad, no se trata de eliminar la historia de la lengua, sino de justificarla; así como no se trata de destruir el concepto de "lengua", sino de mostrar de qué manera se estructura y cuál es su realidad. El método geográfico empleado con discernimiento no afirma ninguna posición dogmática: ni el esquematismo simplificador que ve en el lenguaje la absoluta regularidad y uniformidad, ni el individualismo atomizante que sólo ve la arbitrariedad, heterogeneidad y variedad. Mejor dicho, no afirma ninguna posición, sino que muestra, por un lado, el constante juego dialéctico entre innovación y conservación, entre creación individual y tradición, y, por otro lado, el juego entre acto individual y norma social, entre heterogeneidad y homogeneidad, no sólo con respecto a la lengua común, sino también con respecto a las normas limitadas, de la familia, aldea, región, etc. La idea de la uniformidad en la variedad constituye la base misma de la geografía lingüística, porque la investigación con un solo informador en cada punto implica la suposición de que en esta localidad (y en una región circunstante) la gente habla "más o menos" como el sujeto interrogado.

Si esto se admite, es evidente que la historia lingüística no puede atender sólo a los *episodios* (historia de las palabras), sino que debe atender también a las *etapas* (historia de la lengua); lo que debe comprobar es de qué manera la historia de la palabra refleja la historia de la lengua, y se inserta en esta misma historia.

(35) Señala tal tendencia L. BLOOMFIELD, *Language*, p. 331, al observar que más fácilmente se comprueba la persistencia de formas viejas que la penetración de las nuevas.

(36) Así lo entiende, por ej., A. DAUZAT, *La géogr. ling.*, p. 10, n. 2.

7.1. Una forma de este pasaje de la historia de las palabras a la historia de la lengua, sobre la base del método geográfico, es la "neolingüística" de *Matteo Bartoli* (cf. 2.2.) (37). Este estudioso afirma a menudo su deuda con respecto al *ALF*, por lo que concierne al método (38). Pero los fundamentos ideológicos de la neolingüística no son gilliéronianos, sino que proceden de *Ascoli* y del idealismo filosófico italiano, es decir, de *Croce* y *Gentile* (39). Por otra parte, el interés de Bartoli no se concentra tanto en el momento creativo del lenguaje, en el mecanismo individual de la expresión, como en el momento cultural, en la *lengua* como entidad histórica, y supera también los límites de ésta, trasladándose al plano de la comparación entre varias lenguas. Bartoli afirma explícitamente el principio de que entre cambio léxico y gramatical y cambio fonético no hay diferencia esencial y, además, que las causas de las innovaciones deben buscarse en la imitación de hablantes de mayor prestigio (40). Con esto último quedamos muy lejos de aquel determinismo entre "patología" y "terapéutica" (cf. 6.2.), por el cual el cambio léxico repara los daños producidos por el cambio fonético, y en el que persiste un evidente residuo positivista. Que luego también Bartoli llegue a un esquematismo excesivo, y a un juego mecanicista entre conservación e innovación, es una incongruencia independiente de los fundamentos declarados de su doctrina (41).

7.2. El mismo método de Bartoli se basa más bien en los hechos comprobados en el *ALF* que en las obras de Gilliéron. Tal método se compendia prácticamente en sus *normas areales* que justifican el pasaje de los indicios espaciales (distribución geográfica de las áreas ocupadas por los "tipos" lingüísticos equivalentes) a inducciones de carácter histórico y comparativo. Estas normas areales, mediante las que Bartoli piensa poder establecer la relación cronológica entre dos o más fases equivalentes, los centros de irradiación y las causas de las innovaciones, son las siguientes:

a) *Norma del área aislada* (llamada luego *del área menos expuesta a las comunicaciones*): "el área más aislada conserva normalmente la fase anterior". Por ejemplo:

(37) *Introduzione alla neolingüistica. Principi, scopi, metodi*, Ginebra - Florencia, 1925; *Saggi di linguistica spaziale*, Turín, 1945; G. BERTONI y M. B., *Breviario di neolingüistica*, Modena, 1928 (es de M. B. la 2ª parte, *Criteri tecnici*, pp. 61 - 126); v. también n. 1. Sobre Bartoli: V. PISANI, *Matteo Bartoli e la linguistica spaziale*, en "Paideia", I, 1946, pp. 95 - 108; G. DEVOTO, *Matteo Bartoli*, en "Word", III, pp. 208 - 216.

(38) Cf. *Breviario*, p. 123.

(39) *Ibid.*, p. 124.

(40) *Ibid.*, p. 94.

(41) A pesar de lo que cree A. DAUZAT, *La géogr. ling.*, p. 6, Bartoli y sus discípulos no se basan en F. de Saussure ni consideran las lenguas como "organismos naturales". Todo lo contrario.

CERDEÑA

kras
domo
mannu
iskire
ebba

ITALIA CENTRAL

domani
casa
grande
sapere
cavalla

En todos estos casos, las formas sardas (logudoresas), que proceden de las formas latinas "clásicas" *cras*, *domus*, *magnus*, *scire*, *equa*, son más antiguas que las formas toscanas, que proceden del latín "vulgar" (*de mane*, *casa*, *grandis*, *sapere*, *cavalla*). Muchos casos análogos se comprueban, en el campo románico, también en otras zonas "menos expuestas a las comunicaciones", como Recia, Portugal, Veglia. En general, observa Bartoli, las islas son más conservadoras que los continentes, las montañas más que las llanuras, las llanuras abiertas más que las ciudades (42).

b) *Norma de las áreas laterales*: "la fase de las áreas laterales es normalmente más antigua que la fase de las áreas intermedias". Por ejemplo:

IBERIA

hermoso
mesa
bervir
entonces
día
más

GALLIA

beau
table
bouillir
alors
jour
plus

ITALIA

bello
tavola
bollire
allora
giorno
piú

DACIA

frumos
masã
a fierbe
atunci
zi
mai

En todos estos casos, las formas españolas y rumanas, que proceden de las formas latinas *formosus*, *mensa*, *fervere*, *tunc*, *dies*, *magis*, son más antiguas que las francesas e italianas, que proceden de *bellus*, *tabula*, *bullire*, *illa hora*, *diurnus*, *plus*. Coincidencias análogas entre las zonas laterales se dan en muchos otros casos: por ej., entre Iberia y Recia, Dalmacia, el Sur de Italia; cf. también los casos de *apes* en Francia y de *frater* - *fratellus* en Italia (v. figs. 3, 12).

c) *Norma del área mayor*: "el área mayor conserva normalmente la fase anterior (a menos que el área menor sea la menos expuesta o esté constituida por áreas laterales)". Por ejemplo:

(42) LLS, p. 36.

IBERIA

cosa
mes
abrir
y

GALLIA

chose
mois
ouvrir
et

ITALIA

cosa
messe
aprire
e

DACIA

lucru
lunã
a deschide
și

Las formas españolas, francesas e italianas, que proceden de *causa*, *mensis*, *aperire*, *et*, son más antiguas que las rumanas.

d) *Norma del área posterior*: "la fase anterior se conserva normalmente en el área posterior" (de conquista más reciente). Por ejemplo:

PROVINCIAS

esp. *comer*
 fr. *oncle*
 rum. *lingurã*
 esp. *nieto*
 rum. *a duce*
 esp. *miedo*

ITALIA

mangiare
zio
cucchiaio
nipote
condurre
paura

En todos estos casos, y en muchos otros, las formas conservadas en las provincias del Imperio Romano son más antiguas que las formas italianas.

A las cuatro normas areales se añade una quinta, intrínsecamente histórica, la *norma de la fase desaparecida* (o moribunda): si de dos fases una ha sido sumergida, es decir, está muerta o moribunda, y la otra sobrevive, "la fase sumergida es normalmente la fase anterior". Así, las formas *arduus* y *crucior* serían más antiguas que las formas *altus* y *sanguis*, conservadas en las lenguas romances. (Los ejemplos que aquí se han dado son todos léxicos, por ser éstos los más evidentes, pero las normas se aplican también a fenómenos fónicos y gramaticales).

7.3. Es indudable la importancia de estas normas, pues ellas han hecho entender un principio fundamental para la historia de las lenguas: que dos o más fenómenos equivalentes, en dialectos o lenguas del mismo grupo, pueden arrancar de distintas épocas y no continuar formas igualmente antiguas, aun cuando procedan todos de la "lengua-base". Así, no diríamos hoy que a la palabra "clásica" *pulcher* correspondían en latín "vulgar" *bellus* y *formosus*, sino que *formosus* sustituyó en la lengua hablada a *pulcher* y, luego, fue a su vez parcialmente sustituido por la difusión de *bellus*. De esta manera, la reconstrucción lingüística adquiere una nueva fundamentación, puesto que los elementos "originales" se disponen en la línea del tiempo. En el caso del latín vulgar, por ej., ya no se

piensa en una lengua estática, simplemente opuesta al latín clásico, sino en una lengua en evolución, en la que surgen continuamente innovaciones y las formas más recientes eliminan, en zonas más o menos extensas, las formas más antiguas. Así, los tres distintos sistemas vocálicos latinos que se continúan en las lenguas romances (cf. 5.3.) pueden interpretarse como tres *etapas* distintas en la evolución del mismo vocalismo, representadas, respectivamente, por el sardo, por el rumano y por las demás lenguas del grupo.

Naturalmente, a pesar de la terminología de Bartoli (que emplea metáforas como "la fase parte", "la fase se pone en camino", "la fase no llega", etc.), no hay que interpretar sus normas de modo mecanicista. No se trata de formas que "viajan", sino de formas que ciertos individuos adoptan de otros individuos, y la difusión de las formas no se detiene por inercia física o sólo por razones de tiempo, sino también por la resistencia de ciertos ambientes más cultos, o simplemente conservadores o "individualistas", que no aceptan innovaciones ajenas.

7.4. Pero en la aplicación de las normas areales hay que proceder más cautamente de lo que a veces hizo Bartoli. Es verdad que él mismo insiste en que se trata de *normas* indicativas y no de *leyes* y da siempre también ejemplos que las contradicen (sólo observando que los casos "normales" son más numerosos), así como insiste en la necesidad de aplicar más de una norma a la vez y de tener en cuenta los documentos(43). Sin embargo, en la práctica le ha ocurrido ir más allá de estos límites, eludiendo las dificultades que el método ofrece.

La más seria de estas dificultades es la que se debe a la coexistencia de "fases": en efecto, ni la geografía lingüística como tal ni las normas areales pueden iluminar la relación cronológica entre dos o más "fases" que se empleen al mismo tiempo y en la misma comunidad, por ej., como variantes facultativas o estilísticas, o en distintas capas sociales o culturales(44), como puede ser el caso de las parejas *avis - passer*, *equus - caballus*, en las lenguas romances, o de *ignis - pyr*, en las antiguas lenguas indoeuropeas. Es decir que la cronología relativa debería referirse no sólo a cierto "espacio", sino también a un determinado "lenguaje" dentro de la lengua, y a un determinado empleo: el mismo Bartoli observa que una forma como *passer* (forma "más nueva" pero conservada en zonas laterales: esp. *pájaro*, rum. *pasare*) puede haber existido también en la zona intermedia, al lado de *avis*, aunque con un distinto valor semántico(45). Hay que pensar también en los contactos directos entre zonas "laterales" (por ej., entre Italia meridional e Iberia): una forma como *thius* > *tio* puede haber llegado a España por el mar(46), sin interferir con el área gálica de *avuncu-*

(43) Cf. *Breviario*, p. 66.

(44) Por lo que concierne al problema de las variantes, cf. L. BOOMFIELD, *Ob. cit.*, p. 324.

(45) *Breviario*, pp. 78, 103.

(46) Cf. V. BERTOLDI, *La glott. come storia della cultura*, p. 72.

lus > *oncle*. Además, no hay que excluir las regresiones: en España, la zona más innovadora de Burgos ha aceptado en varios casos formas cantábricas más antiguas, renunciando a sus propias innovaciones.

Finalmente, hay que subrayar que la existencia de dos "fases" equivalentes no implica necesariamente que una sea más antigua que la otra o que procedan una de otra. Las dos pueden ser innovaciones y proceder de una tercera fase desaparecida: así, el port. *ólbo* y el ital. *occhio* no proceden uno de otro sino que representan evoluciones divergentes del lat. *oclu*. O pueden ser ambas antiguas, como, probablemente, es el caso de *equus* y *caballus* en latín: *caballus* sería una innovación sólo desde el punto de vista de los empleos en los que sustituyó a *equus*, y no desde un punto de vista absoluto. En otras palabras, la pregunta constante de Bartoli —¿cuál es la fase más nueva (o más antigua)?— no es siempre legítima.

7.5. Acerca de los riesgos de un empleo incauto de las normas areales, sobre todo si se trata de épocas para las que no existe documentación, ha llamado la atención, en particular, V. Pisani, quien ha sometido a una minuciosa crítica las normas mismas y su aplicación a la prehistoria de las lenguas indoeuropeas(47). El ilustre indoeuropeísta observa, justamente, que dos "fases" equivalentes y simultáneas pueden ser ambas igualmente antiguas o igualmente nuevas; que el "área aislada" o "menos expuesta" no debe entenderse en sentido absoluto, sino en relación con las lenguas o los dialectos del mismo grupo, pues un área "expuesta" suele ser conservadora si se halla en contacto con otras lenguas(48); y que el área mayor puede ser el resultado de una innovación. La conclusión de Pisani es que, para la prehistoria, sólo tiene valor la norma de las áreas laterales, y aun ésta con limitaciones: ella indica sólo que la "fase" marginal debe de haber existido también en la zona intermedia, y no su mayor antigüedad en sentido absoluto. En efecto, tal "fase" puede haber existido sólo en una sección de la zona intermedia (la sección que une las zonas laterales), y aun en ésta puede haber coexistido con la "fase" de la zona intermedia, aunque con valor distinto.

7.6. Hay que señalar también que la imitación de los hablantes de mayor prestigio a la que se refiere Bartoli (y que, en esencia, es una especie de "empréstito") explica la *difusión* del cambio lingüístico más bien que el *cambio* mismo: explica, a lo sumo, el cambio en la *lengua* y no la innovación inicial en el hablar de un individuo. Los centros de irradiación de Bartoli son comunidades entre comunidades, pero en último análisis todos los individuos hablantes son "centros innovadores", pues todos ellos, con o sin éxito, "agregan" algo al patrimonio lingüístico de la comunidad, todos modifican de algún modo la tradición lingüística en la que

(47) V. PISANI, *Geolinguística e indoeuropeo*, Roma, 1940, partic. pp. 165 - 195; cf. también *Forschungsbericht*, p. 32.

(48) *Geoling.*, p. 170.

se insertan. Y en estos "centros" últimos las innovaciones no son sólo "préstamos" sino que son también —o son al mismo tiempo— actos de creación inédita, cuyas modalidades, justamente, trató de intuir Gilliéron (cf. 6.2, 6.4.).

8.1. El método geográfico —con todos sus alcances prácticos, históricos y teóricos que se han tratado de esbozar en lo que precede — constituye, indudablemente, una de las grandes conquistas de la ciencia del lenguaje de nuestro siglo.

Concebida inicialmente como actividad preliminar de colección y registro de materiales, la geografía lingüística ha logrado, ya en este plano, adelantos muy considerables, perfeccionando cada vez más los métodos de investigación directa de la multiforme realidad del hablar y proporcionando a los lingüistas esos poderosos instrumentos (y, al mismo tiempo, fuentes) de estudio que son los atlas lingüísticos. Pero en sus fases sucesivas ha logrado mucho más que esto. La interpretación de los mapas ha desechado dogmas, ha confirmado hipótesis y ha puesto en evidencia nuevos hechos, contribuyendo a aclarar y a modificar profundamente una serie de problemas que hoy, gracias en gran parte a la geografía lingüística, se conocen mucho mejor que hace cincuenta años, o se plantean de manera muy distinta. Precisamente, la geografía lingüística ha contribuido a demostrar con toda evidencia que cada cambio lingüístico parte, en último análisis, de un individuo hablante y se difunde por razones sociales y culturales; que no hay cambios simultáneos en toda una "lengua", debidos a oscuras razones fisiológicas o biológicas; que los cambios fonéticos se difunden con las palabras y que cada fenómeno tiene su área de difusión, según su antigüedad y según la aceptación que ha encontrado en el ambiente social; que los fenómenos lingüísticos, no sólo los léxicos sino también los fónicos y gramaticales, pasan de una "lengua" a otra; que las palabras son formas de cultura que acompañan en su difusión los conceptos y los objetos de civilización. Ha hecho ver claramente que cada palabra, cada forma lingüística, tiene su propia historia; y ha contribuido de esta manera a modificar la concepción misma de la historia de la lengua, que ya no es historia de un bloque unitario visto sólo en sus relaciones externas, sino —como se ha señalado— la historia de un juego constante, e infinitamente matizado, entre innovación y conservación, entre el hablar concreto del individuo que realiza una tradición lingüística y la lengua de una comunidad histórica, que se alimenta continuamente de los actos lingüísticos individuales.

La individualidad misma de una lengua, dentro de un conjunto de hablantes afines, llega de este modo a definirse según los distintos momentos de equilibrio en la tensión entre innovación y conservación, y con esto ya se pasa al campo de la gramática comparada. Así, por ejemplo, la individualidad del castellano se define, fundamentalmente, por sus numerosas conservaciones de edad romana y sus

profundas innovaciones de edad romance (49). En este mismo campo, se han modificado, bajo el impulso de la dialectología, la visión y la técnica de la reconstrucción de estados lingüísticos no documentados, fortaleciéndose y aclarándose los principios de la relación cronológica entre "fases equivalentes", de las interferencias y confluencias entre fenómenos de la misma lengua o de lenguas distintas, del desarrollo no lineal sino "estratificado"; y ha adquirido aspectos totalmente nuevos el concepto de "parentesco lingüístico" (50).

Finalmente, el propio concepto de "lengua" se ha modificado gracias a la noción de "isoglosa", adquirida primeramente —como "línea espacial"— por la geografía lingüística. En efecto, se debe en gran parte al método geográfico, y a las discusiones e interpretaciones que éste ha suscitado, el hecho de que la lengua pueda verse hoy, ya no como organismo autónomo con "vida" independiente de los hablantes, sino, idealmente, como "sistema de isoglosas" que se estructura sobre la base del hablar concreto e, históricamente, como unidad y continuidad de una tradición lingüística en una comunidad.

8.2. Pero, como es natural, el método geográfico no lo explica todo y no debe considerarse como una panacea para todos los problemas lingüísticos. Los mapas no reflejan todo el hablar correspondiente a una lengua, como ya lo señalaba el mismo Gilliéron. Y esto no sólo por el contacto algo artificial que se establece entre hablante e investigador por medio de un cuestionario fijado de antemano, ni sólo por las inevitables limitaciones materiales (sería imposible investigar todos los puntos de un territorio y a todos los hablantes en cada punto, y ningún cuestionario puede ser jamás "completo"), sino también porque se investiga sólo un determinado momento histórico y, en cada caso, sólo un determinado momento del hablar. La variedad "horizontal" que comprueba esquemáticamente la geografía lingüística no es toda la variedad del lenguaje: existe también una variedad "vertical", entre "capas" sociales y culturales, y en el hablar del mismo individuo, según las distintas situaciones y los distintos momentos expresivos.

Por lo tanto, lo que se registra en los mapas refleja sólo aproximadamente el hablar. Existe, además, el peligro de que se encuentre justamente lo que se está buscando: la arcaicidad, por ejemplo, si se eligen sujetos viejos y refractarios a la innovación; o la novedad, la adaptación y la difusión de la lengua común, si se eligen sujetos jóvenes e innovadores.

Los atlas lingüísticos, ni siquiera los más ricos, no pueden proporcionar, para cada punto, una descripción "exhaustiva" del hablar y, por lo tanto, no sustituyen las investigaciones dialectales monográficas. Y los indicios espaciales que los mapas ofrecen no sustituyen la documentación histórica, así como el simple conocimiento mecánico de la distribución de las formas en un territorio

(49) Cf. M. BARTOLI, *Saggi di ling. spaziale*, p. 110.

(50) Acerca de este concepto, cf. V. PISANI, *Parenté linguistique*, en "Lingua", III, pp. 3-16.

no dispensa del conocimiento de las condiciones de vida, sociales y culturales, que rodean, y en parte condicionan, el hablar.

8.3. En la historia de la lingüística, el método geográfico ha contribuido a fortalecer y a justificar la oposición a ciertos principios neogramáticos, explícitos o implícitos, como el de la existencia independiente de la lengua fuera del hablar, el de los límites dialectales y el de la generalidad e "inexcepcionalidad" de la ley fonética. Pero esta oposición no podría ser absoluta (cf. 6.4.) ni llegar a eliminar ciertos *conceptos* que, aunque tales (es decir, abstracciones), corresponden a realidades del hablar, como "lengua" y "dialecto", o a ignorar una comprobación como la de la normalidad histórica del cambio fonético. En realidad, la geografía lingüística no puede eludir la exigencia de una norma objetiva y por esto, al desechar las normas neogramáticas, y en particular la generalidad y fisicidad de la "ley fonética", debe introducir una nueva norma, que es la de la continuidad de las áreas: la no-continuidad es algo que exige explicación en cada caso, del mismo modo que las "excepciones" en la aplicación de la ley fonética de los neogramáticos. Y es aquí donde empiezan los riesgos, en primer lugar, el de caer en el objetivismo de las formas y áreas lingüísticas consideradas como "cosas" independientes de los hablantes: hay que tener siempre en cuenta que las formas no "viajan" de por sí, sino que se introducen en el acervo de un individuo del hablar de otro individuo, mediante contactos que no implican una continuidad de áreas, porque los individuos se trasladan de un área a otra con todos sus hábitos lingüísticos, y también a través de contactos indirectos. Una lengua común, por ejemplo, no se difunde por irradiación mecánica desde un solo centro (que puede ser la capital), sino que irradia de todos aquellos centros en donde por lo menos un individuo la emplee, aun parcialmente, como hablante o como "oyente" (por ej., escuchando la radio o leyendo libros y diarios).

Otro riesgo es el de atender sólo a la multiplicidad y heterogeneidad y descuidar, en cambio, la unidad y homogeneidad del hablar (cf. 6.4.); o bien de ver lo que cambia, descuidando lo que permanece de algún modo "idéntico": es el riesgo de la excesiva atomización. A este respecto, hay que observar que las "conservaciones" e "innovaciones" son tales con respecto a algo: a un conjunto, a una tradición o "norma". En el lenguaje es importante el polo de la variedad, que corresponde a la expresión individual, pero también lo es el de la unidad, que corresponde a la comunicación interindividual y es garantía de intercomprensión. El lenguaje expresa al individuo por su carácter de creación, pero expresa también el ambiente social y nacional, por su carácter de repetición, de aceptación de una norma, que es al mismo tiempo histórica y sincrónica: existe el hablar porque existen individuos que piensan y sienten, y existen "lenguas" como entidades históricas y como sistemas y normas ideales, porque el lenguaje no es sólo expresión, finalidad en sí mismo, sino también comunicación, finalidad instrumental, expresión para otro, cultura objetivada históricamente y

que trasciende al individuo. Por todo esto, al emplear el método geográfico, hay que tener siempre presentes sus limitaciones y sus riesgos.

Cabe advertir, finalmente, que no hay que caer en el error de considerar la geografía lingüística como *toda* la lingüística, como una lingüística nueva que se sustituye a una lingüística vieja, eliminándola totalmente. La geografía lingüística no es una nueva lingüística, como algunos parecen creer, sino *un método nuevo* dentro de la lingüística. Tiene sus raíces en ideas y concepciones anteriores y coexiste con otros métodos, igualmente valiosos y proficuos; no se opone a la lingüística anterior, sino que se inserta en ella y la modifica, en parte, y sólo de este modo la supera.